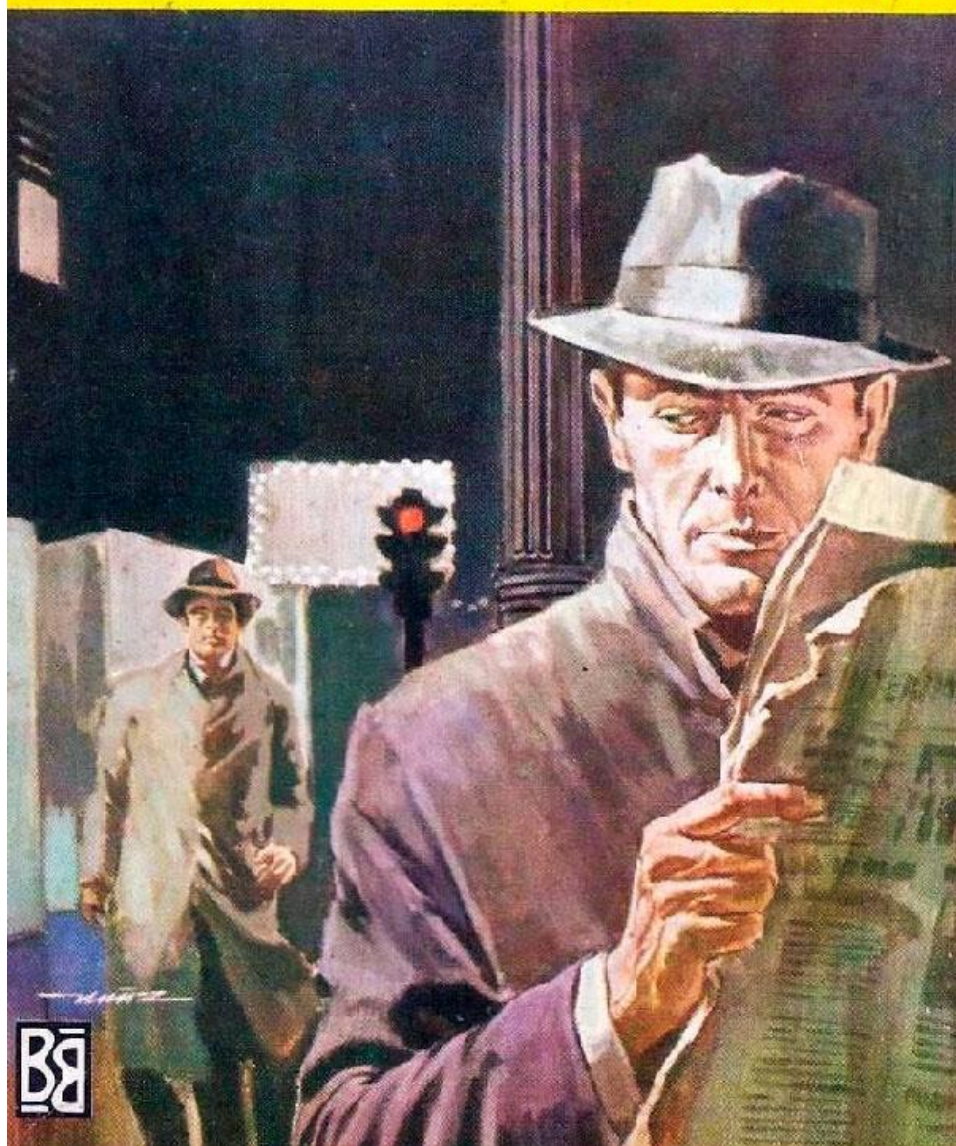


PUNTO
ROJO

trampa para el crimen

burton hare



TRAMPA PARA EL CRIMEN



BURTON HARE

TRAMPA PARA EL CRIMEN

Col. PUNTO ROJO n.º 167
Publicación semanal
Aparece los SABADOS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTA
MEXICO
RIO DE JANEIRO



Depósito Legal B 14302 - 1965

Printed in Spain - Impreso en España

1.ª edición: junio 1965

© BURTON HARE - 1965

sobre el texto literario

© JORGE NÚÑEZ - 1965

sobre la cubierta

© COSTA - 1965

sobre la ilustración interior

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1965

N. R. 2734/65

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección PUNTO ROJO:

163. — El «Gran Dragón»

En Colección SERVICIO SECRETO:

777. — Corrupción en Florida.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

59. — Diamantes... y crimen.

PRÓLOGO

El súbito amanecer de los mares antillanos reventó sobre el Caribe, esparciendo chispas de oro sobre las quietas aguas, jugando con ellas y siguiéndolas en su infinito ir y venir hasta desmenuzarse en las costas de Florida convertidas en blanca espuma.

Sobre todo el Caribe, los rayos del sol infundieron nueva vida a la amodorrada naturaleza, pero, concretamente en Florida, fundido ya el Caribe con el inmenso Atlántico, ese amanecer tuvo ciertas repercusiones muy particulares que deberían traer más tarde insospechadas consecuencias.

Las ristas de gallardetes multicolores ondeaban al viento sobre el tejado del club Náutico de Miami. En sus muelles privados, infinidad de embarcaciones de todos los tipos se balanceaban suavemente. En algunas, sus propietarios se aprestaban a un día de agradable navegar, recorriendo las aguas cercanas dedicados a la pesca, a nadar o, simplemente, a tornar el sol tumbados sobre cubierta.

Era un mundo alegre en el cual los hombres se aprestaban a vivir intensamente.

Excepto algunos.

Ésos no podían dedicarse a nada porque estaban muertos.

Tan muertos como Michael Randall, que apareció flotando entre dos embarcaciones del club justo en el momento preciso que el dueño de una de ellas se disponía a hacerse a la mar para pasar un día de alegre esparcimiento en compañía de una dama escultural, empleada como secretaria en su propia oficina.

Debido a la presencia de la dama, el hombre lo pensó dos veces antes de dar la alarma, pero finalmente se impuso su sentido del deber y mandó a la muchacha al camarote con órdenes estrictas de

no salir de él.

Lo que complicó el asunto fue que el cadáver llevaba las manos y los pies atados con alambre y antes de ser arrojado al mar había recibido un terrible golpe en la nuca, lo cual pareció molestar mucho a los policías que acudieron a su llamada. Y de esta manera, el propietario del yate no pudo evitar que la presencia de su despampanante secretaria en el yate saliera a relucir y su nombre fuera anotado para futuras averiguaciones en las que, inevitablemente también, tomaría parte su caballuna esposa.

El pobre hombre se dijo que, incluso después de muerto, Michael Randall le había gastado una broma muy desagradable.

Otro desgraciado que tampoco pudo ver aquel radiante amanecer fue un individuo llamado Raimundo Soto, un portorriqueño establecido en Miami desde un par de años antes de su muerte. Fue encontrado por una pareja de recién casados en la playa solitaria donde les gustaba bañarse. El cadáver presentaba una tremenda cuchillada que casi le había separado la cabeza del tronco. La arena había empapado la sangre, pero todavía quedaba suficiente para producir náuseas a la jovencita. La luna de miel, para ellos, sufrió un lamentable eclipse debido al espectáculo y al subsiguiente papeleo que tuvieron que cumplimentar, aparte de las declaraciones, naturalmente.

También un aristocrático y juerguista socio del club Náutico pasó la gran barrera aquella noche, de manera que al despuntar el día fue descubierto por el encargado de cuidar su poderoso yate.

El cuerpo estaba caído abajo en la estrecha escalera que descendía hasta el cuarto de máquinas. Podría haberse creído en un accidente si no hubiera sido por el redondo orificio de bala que desfiguraba su cara tostada por el sol, una cara que había llevado de cabeza a todo un surtido de bellas mujeres a las que también iban a amargar un tanto la existencia a partir de ese día.

Y, finalmente, dos de esas sirenas que habían levantado tempestades de admiración a su paso por las playas de Miami Beach, llevando solamente sobre sus cuerpos esculturales las dos escuálidas piezas del bikini, fueron a parar sobre las frías mesas de mármol de la «Morgue», donde sus cuerpos, sustituido el bikini por una burda sábana, solamente admiraron a los, por lo general indiferentes, encargados de la autopsia. Ambas tenían también

sendos agujeros de bala estropeando su belleza.

Ese alud de cadáveres animó un poco las redacciones de los periódicos, cuyos reporteros de sucesos vieron asegurado su pan durante unos días. La policía maldijo cordialmente a los asesinos, mientras comenzaban a pensar que, también durante unos días, se les había acabado la agradable siesta en que vegetaban.

Por su parte, la cadena de muertes molestó también en cierta medida a la oficina de Telégrafos, que tuvo que despachar algunos telegramas relacionados con los hechos. Tal vez el más escueto de todos los mensajes fue uno que iba dirigido a cierto general y a determinada y oscura oficina de Washington. En él se decía solamente:

«Randall muerto. Espero aclaraciones»

Lo firmaba el capitán Remick, de la policía de Miami.

Y precisamente ese parco telegrama fue el que más repercusiones tuvo.

Por lo pronto, el general Connors, jefe supremo del Servicio de Información del Ejército, desgranó todo el surtido de impropiedades que había atesorado a lo largo de su dilatada carrera militar. Después, y todavía con el telegrama en la mano, se paseó por su despacho a grandes zancadas, con la cabeza caída sobre el pecho, gruñendo sordamente y gesticulando de vez en cuando, igual que si sostuviera un violento diálogo con algún interlocutor falto de disciplina.

Después, tal vez cansado del largo y agitado paseo, se dejó caer en su sillón basculante y oprimió un botón. Al instante, un oficial asomó la cabeza por la puerta, echó un vistazo a su jefe y se cuadró mucho más rígidamente que de costumbre.

El general gruñó:

—Llame a Stevens, teniente.

—¿Stevens, señor?

—¡Roben Stevens! —gritó.

—Sí, señor. Pero Stevens está de permiso, señor.

—¿Permiso?

El general pegó un brinco y quedó en pie. El sillón se deslizó ruidosamente hasta tropezar con la pared.

El teniente, tieso y sin mover nada más que los músculos faciales, añadió:

—Recuerde que se le concedió un mes de licencia para convalecer de una herida, señor. Recibió un balazo en...

—¡No necesita usted hacerme la biografía de Stevens! Búsquenlo. Quiero verlo en mi despacho antes del mediodía, teniente.

—Sí, señor. A sus órdenes, general...

El joven teniente giró sobre los talones como un robot y abandonó la oficina.

El general se derrumbó materialmente sobre su sillón después de acercarlo nuevamente a la mesa.

Intentó trabajar en asuntos pendientes, pero acabó arrojando los papeles a un lado.

Robert Stevens no pudo ser localizado hasta las dos y media de la tarde. A las cuatro llegó al despacho del general Connors, cuando éste había consumido dos paquetes de cigarrillos y hecho trizas un par de docenas de hojas en blanco destinadas a informes de rutina.

Stevens era un hombre de unos treinta años, de casi seis pies de estatura, cabeza de revuelto cabello y rostro de facciones un tanto bruscas, como cortadas a golpes de cincel. No obstante, había algo en su cara que atraía, aunque el general jamás había podido descubrir qué era ello.

Tenía poderosos hombros de atleta, producto de un incansable y duro entrenamiento, y se movía con agilidad. En cuanto a su indumentaria, Connors hubiera deseado que fuera más cuidadoso, más atildado, que prestara a su vestimenta la misma atención que un militar de graduación presta a su uniforme, pero ya había desistido de intentarlo después de numerosos fracasos en este sentido.

Cuando el general levantó la cabeza de los papeles se encontró con Stevens sentado en la butaca, al otro lado de la mesa, y su mirada tropezó con los grises ojos del joven.

—Le he saludado al entrar —masculló Stevens—, pero usted estaba tan abstraído en sus papeles que ni siquiera me ha oído. ¿Qué pasa, general, se ha declarado la guerra?

—¿Recuerda a Michael Randall? —Gruñó el general, pasando por alto el burlón comentario de su subordinado.

—Somos grandes amigos. Hemos trabajado juntos en varias ocasiones.

—Ha muerto.

Lo dijo secamente, como quien se arranca una espina.

Stevens achicó los ojos y murmuró solamente:

—¿Dónde estaba?

—En Miami.

—Con alguna misión, supongo...

—Estaba a punto de dar cima a una de las investigaciones más importantes de estos últimos tiempos. No pudo acabarla. Alguien tendrá que hacerlo.

Los dos hombres se miraron un buen rato. El general observó que los ojos grises de su interlocutor parecían haberse convertido en dos aceradas simas de hielo. Notó un leve temblor en una vena del cuello..., pero nada más.

—Comprendo, general —dijo Stevens—. ¿Cuándo debo partir?

—Esta misma noche. Volará hasta Miami en un avión militar.

—Perfectamente, aunque deseo hacerle observar que me quedaban veintidós días de permiso, señor. Cuando termine esta misión espero lo tenga en cuenta.

—De acuerdo. Deberá iniciar la investigación de nuevo. Excepto un informe y algunos nombres que remitió Randall, no tenemos absolutamente nada concreto sobre este asunto. Otra cosa, Stevens... Deberá olvidarse de sus sentimientos personales en este caso. Quiero decir que lo que cuenta realmente en lo que va a hacer es cumplir exclusivamente una misión, no vengar a su amigo. ¿Está claro?

—Completamente. ¿Cómo murió Randall?

—Ahogado. Le golpearon en la cabeza, le ataron con alambres y lo arrojaron al mar.

—No me gusta —rezongó el agente—. Es una manera sucia de morir...

—Todas las muertes violentas son sucias, Stevens.

—Sí, señor. ¿Quiere darme ahora los pormenores del asunto?

—Sí, aunque tendremos que pasar después al archivo para que vea los documentos que guardamos relativos al caso. En líneas generales, el asunto puede resumirse en un gran contrabando de armas nuevas, no sobrantes de guerra ni nada semejante; recién

salidas de fábrica.

—¿De qué fábrica?

—Lo ignoramos. No llevan marca alguna. Bien; eso de por sí ya es inusitadamente grave, porque dichas armas sirven para equipar a un gran número de partidas revolucionarias en distintos países de América del Centro y del Sur, lo cual nos coloca en una delicada posición ante sus Gobiernos. Le diré que ya hemos recibido algunas protestas diplomáticas, aunque, por el momento, se ha logrado que el asunto no trascienda a los periódicos.

—No es la primera vez que eso sucede, general...

—¡Pero sí es la primera vez que alguien vende equipos completos militares recién salidos de fábrica! —estalló el general Connors, rojo de ira—. Y hay algo mas todavía... esas armas son pagadas con grandes partidas de estupefacientes.

Stevens se enderezó en la butaca, pero no despegó los labios.

Su jefe añadió:

—Opio, morfina y otros derivados..., pero en cantidades masivas.

—¿Se sabe de dónde proceden los estupefacientes?

—Con toda seguridad; de China.

—Entonces no hay duda qué ruta siguen los envíos. Todo el mundo sabe que la moneda china para pagar esa clase de materiales es el opio, en bruto o refinado.

—Exacto. Y ahora venga a ver el archivo..., y seguiremos hablando de todo esto. En Miami podrá ponerse en contacto con el capitán Remick, de la policía, aunque sin informarle de la verdadera naturaleza de la misión.

Los dos hombres abandonaron el despacho. Por primera vez, el general pensó que, en lugar de Randall, inteligente y seguro, debió haber mandado a Stevens desde el principio. Éste tenía una ventaja sobre su compañero muerto..., era más violento y aficionado a empuñar un arma antes que lo hicieran sus enemigos.

Se confesó para sus adentros que eso era lo que precisamente convertía en un tipo ideal para esa clase de misiones al hombre que le precedía por el estrecho pasillo.

CAPÍTULO PRIMERO

El hotel Fontainebleau es uno de los más modernos y lujosos hoteles del mundo. También su situación es privilegiada, debido a que ocupa una extensa área casi al final de la Avenida Collins, en Miami Beach. Está construido en forma de gigantesca C y posee junto a él todo cuanto el ser humano pueda desear, desde varias piscinas con agua fría y caliente, *cabarets*, solárium, galerías de lujosas tiendas, agencias de viajes, Bancos, etc.

Y, por descontado lo que en Miami no puede faltar: mujeres.

Cuando me inscribí en el registro de semejante palacio no pude menos que experimentar cierto sentimiento de lástima por los sufridos contribuyentes, va que de sus bolsillos saldrían mis gastos en proporción astronómica.

Pero Randall se había alojado en ese hotel y sus razones debió tener para hacerlo, de manera que ocupé una habitación muy cerca de la que él había ocupado y me dispuse a ajustarle las cuentas al bastardo que le había dado el pasaporte.

Detrás de mí entró el botones con mi equipaje. Remoloneó a mi alrededor en espera de la propina y observé que se trataba de un muchacho de unos dieciocho años, con rostro pecoso y ojos vivos.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté, entregándole un dólar.

—Gracias, señor. Mi nombre es Willie, señor.

—Creo que vamos a tener que hablar tú y yo, Willie. Tal vez puedas ganarte algunos dólares extra.

—Me gustaría mucho, señor.

—Okey, manda que me traigan una botella de escocés y hielo y vuelve cuando me haya duchado.

—Perfectamente, señor.

Salió a escape.

Me desvestí, y estaba bajo la ducha cuando escuché el rumor del camarero en la habitación.

Apenas si había tenido tiempo de enfundarme en los pantalones cuando el botones llegó. Sus ojillos brillaban de codicia.

De buenas a primeras le regalé un billete de cinco dólares. El se quedó con el dinero en la mano sin saber qué debía hacer, y esperó con cierta impaciencia.

Me entretuve sirviéndome un buen trago, le añadí un par de dados de hielo y entonces me enfrenté con el muchacho.

—Bien, Willie —dije—, tal vez te gustaría ganarte otros diez pavos, ¿eh?

—Sin ninguna duda, señor.

—Ajá: casi los tienes en el bolsillo. Sólo tienes que darme algunos informes sobre ciertos huéspedes del hotel y serán tuyos.

—Pregunte.

—¿Recuerdas a alguien llamado Michael Randall?

Respingó y su mirada expresó inquietud.

—Murió, señor...

—Lo sé; alguien le amarró las manos y los pies y lo tiró a la bahía. ¿Qué puedes decirme de él?

—Bueno..., era un caballero muy simpático. Todo el personal del hotel estaba encantado con él...

—¿Recibía muchas visitas?

—No, señor.

—¿Quién es Jane Gardner?

Titubeó un segundo antes de responder de mala gana:

—Se aloja en el hotel, señor...

—¿Y qué con eso? Te he preguntado quién es.

—Bueno... es una de nuestras mejores clientes, señor. A la dirección no le gustaría nada que yo...

—Déjate de pamplinas, Willie. La dirección no se enterará de eso.

—Así lo espero, por lo menos. Ella..., la señorita Gardner es toda una belleza. Pasa largas temporadas en el hotel.

—¿Rica?

—Debe serlo para sostener ese tren de vida. Tiene un coche de diez mil dólares, uno de esos autos deportivos europeos.

—Tengo entendido que se relacionaba con Michael Randall.

¿Crees tú que eran muy amigos?

—En efecto, señor. Se les veía juntos con mucha frecuencia. Cenaban en la terraza, bailaban en el club. En fin; se llevaban muy bien. Ella estuvo llorando cuando supo que mister Randall había muerto.

—Ya veo... Pasemos a otro, o mejor dicho, a otra, ¿quién es Lee Harley?

—¡Atiza! —exclamó, estupefacto—. ¡No me diga que no conoce usted a Lee Harley!

—Si la conociera no te preguntaría por ella. ¿Hay alguna razón especial por la cual debiera conocerla?

—Bueno, siendo forastero... Es la bailarina más espectacular de toda la ciudad. Hasta los periódicos hablan de ella y del entusiasmo que despiertan sus actuaciones.

—¿Dónde trabaja?

—En el club «Habana», en las afueras. Uno de esos lugares de lujo que cuestan un ojo de la cara. Sólo le diré que pertenece a Melwin Walker, con eso está dicho todo.

—Será para ti. Nunca he oído hablar de ese Walker.

—Es un potentado, señor. Posee varios *cabarets* de lujo, aunque su predilecto es el «Habana». Tiene millones y hasta los políticos se quitan el sombrero delante de él, usted comprende...

—Ya sé dónde vas a parar. Y la Harley baila en su club, ¿eh?

—Así es, señor.

—Okey. Hay un hombre llamado Douglas, Anthony Douglas. ¿Lo has visto alguna vez en el hotel?

—Nunca he oído ese nombre, señor.

—Es un senador por el Estado.

—Sigo sin conocerlo.

—Está bien, Willie, creo que de momento ya es bastante.

Le entregué el dinero prometido y mía vez más pensé en los pobres contribuyentes. Luego dije:

—Es posible que pueda seguir regalándote dinero, Willie, si haces algo por mí.

—Lo que quiera, señor —se apresuró a afirmar.

—Encuentra la manera de que pueda entrar en contacto fortuitamente con Jane Gardner y tu cuenta de ahorros crecerá como la espuma. Yo ni siquiera la conozco.

—Veré qué puedo hacer.

Se largó y yo me serví otra dosis del excelente *whisky*. Ya sabía dónde encontrar a Lee Harley, uno de los nombres que Randall había remitido al general como posible complicada en el contrabando de armas. También los nombres del senador Douglas y el de Jane Gardner figuraban en la lista, y otro del que no quería hablarle al botones de momento, un tal Arkwright, del que Randall decía que era «importador y exportador». De ése me encargaría personalmente en primer lugar.

Encendí un cigarrillo, paladeé el *whisky* y después me tendí en la cama, reflexionando. Pero mis ideas no conseguían vencer el recuerdo de mi camarada muerto. Randall había sido uno de mis mejores amigos, uno de esos hombres a los que uno entrega su afecto con la seguridad de que jamás se verá defraudado. Y así había sido. Incontables veces nos habíamos visto metidos en dificultades, y siempre había sido para mí como mi mano derecha.

Y ahora estaba muerto.

Bueno. Alguien tendría que pagarlo.

Unos golpes en la puerta me arrancaron de esas meditaciones.

Willie entró con cara satisfecha.

—Listo, señor —exclamó con entusiasmo.

—¿De qué estás hablando?

—La señorita Gardner, señor. Esta noche cenará en la terraza pequeña. Ha reservado una mesa junto a la baranda. He conseguido que el *maitre* coloque otra mesa cerca para usted. ¿Le parece bien?

—Excelente, Willie.

Le regalé algunos dólares más, que él se apresuró a embolsarse, y me miró descaradamente.

—¿Me necesitará después, señor?

—No lo sé. Y lárgate ya, condenado, estás resultando muy caro por ser el primer día...

Sonrió como un conejo y salió de la habitación a toda prisa.

Acabé de vestirme. Súbitamente, el día se extinguió y una luna inmensa y roja asomó el lomo por encima del horizonte. El mar adquirió colores delirantes y hasta el débil airecillo que había estado penetrando por la ventana se extinguió. El mundo entero pareció inmovilizarse, sobrecogido por el maravilloso y súbito anochecer.

La terraza en la que me habían instalado la mesa daba al mar, de manera que pude seguir contemplando el maravilloso espectáculo una vez acomodado.

Pedí la cena y encendí un cigarrillo. Y de repente ella apareció.

Quedé sin aliento. Jamás había visto una mujer semejante, con la mágica belleza de su rostro perfecto, en el cual relucían unos ojos inmensos y rasgados, con profundidades de abismo, verdes y chispeantes. Su cabello, de un rubio plateado, le rozaba las mejillas tan suavemente como una caricia.

También habría mucho que decir de su cuerpo magnífico, pero uno quedaba tan aturdido después de verla que sólo se le ocurría pensar en el hechizo que se desprendía de ella. Todos sus encantos entraban por los ojos hasta convertirse en un torbellino de deseos insatisfechos.

Se movía con distinción. Sus modales no habían sido aprendidos en ninguna academia. Era una de esas mujeres que han nacido para escalar la cumbre y no había duda que ella había llegado ya a lo más alto.

Tomó asiento a la mesa y miró distraídamente a su alrededor, con la misma indiferencia que si no hubiera nadie más. Y, sin embargo, todo el mundo había quedado prendido de ella desde el mismo instante que había aparecido.

Mientras duró la cena la miré infinitas veces con fijeza. Todo lo que conseguí fue que ella volviera la cara cada vez que sus ojos tropezaron con los míos.

Era altiva la dama.

Finalmente, le sonreí descaradamente. Ella esbozó un gesto de desprecio y movió la silla lo suficiente para quedar de espaldas a mí.

Okay; me dije que la diplomacia estaba de más en semejantes circunstancias.

Firmé la nota que me presentó el *maitre*, encendí un cigarrillo y me trasladé a la mesa de la altiva belleza. Moví una silla y en el instante en que me sentaba ella dijo con voz siseante:

—Puedo hacer que los mozos le arrojen por la balaustrada. Me dan náuseas los tipos como usted.

—Tendrá que tomar algo contra el mareo, ricura, las náuseas afean el cutis. Y ahora, dígame, ¿le duele mucho el recuerdo de

Randall o puede hablar de él sin echarse a llorar?

Respingó en su silla y su mirada centelleó. Me pareció descubrir cierto temor en sus ojos.

—¿CÓ... cómo se atreve? —tartamudeó.

—Tómelo con calma. Quiero hacerle unas preguntas y quiero respuestas. No le servirá de nada llamar a los mozos, de manera que será preferible hacer las cosas amistosamente. ¿Estamos de acuerdo?

—¿Quién es usted?

—El segundo Randall, si lo prefiere así. Sin embargo, mi nombre es Robert. Le permito que me llame Bob a secas sólo por haber sido amiga de mi camarada.

—Creo que está usted loco...

Hizo ademán de levantarse y dejarme plantado, pero alargué el brazo y la sujeté firmemente, inmovilizándola.

—No sea absurda, señorita Gardner. Intento llevar las cosas por terreno particular, pero si me obliga a ello puedo interrogarla en cualquier oficina policíaca.

Me fulminó con la mirada durante unos segundos. Entonces se dio cuenta que todavía la sujetaba por la muñeca y se desasíó de un tirón.

—Debí figurarme que era usted un policía. Sus modales no engañan.

—La felicito por su perspicacia. ¿También le adivinó la profesión a Randall con esa facilidad?

Expresó tanta sorpresa que casi me convenció de que no había sabido realmente quién era Randall.

—¡El era muy distinto de usted! —exclamó con calor.

—Ya lo sé. Por eso ahora está muerto. Y dejémonos de tonterías de una vez. Realmente, ¿consideraba a Randall como un amigo?

—Y muy querido.

—Me sorprende usted, lo crea o no.

—¿Quiere decir con todo esto que Michael era policía? No puedo creerlo... era amable, educado..., se alojaba en este hotel...

—¿Es que los policías deben ser hombres de las cavernas acaso? Yo también me alojo en este hotel. Nuestros gastos los pagan los sufridos contribuyentes, así que no hay nada sorprendente en eso. Hábleme de Michael Randall, por favor.

Se estremeció. Poco a poco olvidó su actitud despectiva y pareció sumergirse en el pasado. Tardó mucho tiempo en despegar los tentadores labios.

—Llegué a apreciarlo sinceramente —confesó.

—¿Se enamoró usted de él?

—No..., pero creo que hubiera podido amarlo sin ninguna dificultad.

—¿Y él de usted?

—Tampoco; sin embargo, le gustaba mi compañía. Decía que a mi lado se sentía bien..., podía descansar el espíritu según sus propias palabras. Ahora me doy cuenta de que muchas veces estaba dominado por una tensión inexplicable que le desaparecía cuando estábamos juntos.

—Pero no se enamoró de usted —comenté.

—En absoluto. Me dijo que amaba a una muchacha..., y que pensaba casarse pronto.

Mi cabeza empezó a zumbar. Yo había conocido a Randall íntimamente, y jamás supe de él que estuviera enamorado y menos que pensase contraer matrimonio. Casi me negué a creerlo.

—¿El le confesó semejante cosa? —insistí.

—En efecto... fue la última vez que nos vimos. Me pareció más satisfecho que de costumbre, como si acabara de resolver un problema difícil...

—Tal vez lo resolvió y por eso lo mataron.

De repente se levantó y murmuró con voz sorda:

—Salgamos de aquí..., hablar de él en este lugar me produce escalofríos. Habíamos cenado tantas veces en esta terraza...

La acompañé fuera del hotel, más desconcertado de lo que quería reconocer.

Las luces apenas si podían atravesar la frondosidad del jardín tropical que se extendía a un lado del hotel hasta la playa. Anduvimos unos minutos en silencio.

Inesperadamente, ella murmuró:

—No puedo hacerme a la idea de que Michael fuera un policía...

—No lo era exactamente. Pertenecía al Servicio de Información del Ejército.

Se detuvo en seco.

—¿Una especie de espía?

—Puede definirlo así si le gusta.

—Y usted...

—Lo mismo.

—Comprendo... Es tan sorprendente, tan... increíble. Y también es extraño que usted lo confiese con esa facilidad.

—No hay ningún misterio. Si mataron a Michael fue debido a que descubrieron su identidad. No tardarán en saber que yo he venido a ocupar su lugar y entonces las cosas empezarán a moverse. Yo no soy como él ni mucho menos.

—De eso ya me he dado cuenta —masculló.

—Me gustaría poder interpretar eso como un cumplido —dije con ironía—; pero mucho me temo que sea al revés. ¿Hablamos un poco de Randall ahora, señorita Gardner?

—Mi nombre es Jane.

—Lo sé.

—Pregunte —murmuró.

—¿Vio a Michael en compañía de otras personas?

—No... por lo menos, no lo recuerdo.

—¿Le dijo algo alguna vez relacionado con su trabajo?

—Nunca. Siempre me dio a entender que estaba de vacaciones, aunque justificaba sus incesantes idas y venidas con la excusa de que se proponía aprovechar su estancia en Miami para iniciar un negocio...

—Ya veo. ¿Está segura que no mencionó nunca a alguien llamado Raimundo Soto?

—Jamás he oído ese nombre. ¿Es otro espía también?

—No, o por lo menos no era de los nuestros.

—¿«Era»?

—Murió la misma noche que asesinaron a Michael.

—¡Oh!

Seguimos por un estrecho sendero hasta desembocar en la playa. Las palmeras se mecían lentamente sobre nuestras cabezas. El aire era suave y templado y su murmullo entre la vegetación se mezclaba con Ja lejana música que llegaba hasta nosotros desde Ja pista de baile al aire libre perteneciente al hotel.

Nos detuvimos al pisar la arena. Había una palmera que algún huracán debió derribar y cuyo tronco nos ofreció asiento.

Encendimos cigarrillos y reanudé el ataque.

—¿Ha oído el nombre de Nicholson alguna vez?

—No... O tal vez sí..., lo leí en los periódicos...

Se interrumpió repentinamente y me miró, muy sorprendida.

Yo asentí:

—En efecto —dije—. También murió la misma noche. Era un aristócrata socio del Club Náutico.

—Es espantoso. ¿No puede usted interesarse por alguien que no esté muerto?

—Usted está viva.

—Me gustaría saber qué quiere insinuar con eso exactamente.

Dejé eso sin respuesta. Ambos fumamos en silencio hasta casi apurar los cigarrillos.

Ella murmuró:

—¿Se le han terminado las preguntas?

—No..., pero he desistido de hacerlas. No creo que saque nada en claro con usted. Tengo la impresión de que he perdido la noche.

—Gracias —dijo suavemente—. Eso no es nada halagador para mí.

Volví la cabeza hacia ella. Casi sentí vértigo al asomarme al fondo de sus exóticos ojos verdes. En la oscuridad, sus labios tenían un brillo opaco, suave, incitante. Recordé las últimas palabras del general Connors antes de despedirnos...

—«... y nada de mujeres, Setevens» —había dicho. Bueno.

—Me refería a mi trabajo —aclaré—. Por lo demás, la noche es perfecta para una escena apasionada, ¿no cree? El mar casi rozándonos los pies, la soledad de este rincón, la música de fondo y el susurro del aire entre las palmeras y usted, la mujer más hermosa de cuantas he conocido.

—No es usted hombre que se apasione fácilmente. —Otra equivocación, Jane.

—Lo dudo...

Noté un escalofrío a lo largo de mi espina dorsal. Había que terminar con semejante situación.

—Sería un placer demostrarle que está en un error, querida... si no estuviera trabajando. ¿Sabe cómo murió Michael?

Acusó un sobresalto y su voz cambió.

—¿No puede usted hablar de otras cosas más agradables?

—Me gustaría complacerla —aseguré fríamente—. Pero a

Michael le golpearon en la nuca en *un momento de descuido*. Después le ataron con cuerdas de guitarra y lo arrojaron a la bahía. No me gusta descuidarme cuando estoy trabajando.

Captó el sentido de la frase y se levantó de un salto.

—¡Es usted odioso! —estalló.

—Lo lamento.

Titubeó entre dejarme plantado o volver a sentarse. Acabó haciendo esto último y murmuró:

—Deme un cigarrillo.

Cuando lo tuvo encendido fumó en silencio unos instantes. Luego dijo:

—Perdóneme.

—¿Por qué? Es usted adorable. Me cuesta un esfuerzo terrible abstenerme de hacerle el amor.

—¿Tiene algo más que preguntarme todavía?

—Ya no... por ahora.

—Entonces será mejor que regresemos al hotel.

Arrojó el cigarrillo a medio fumar y se dispuso a levantarse. La sujeté por el brazo y la miré a la cara, muy cerca de mí.

—No me gustaría dejarle la impresión de que soy un tonto, Jane.

—¿Por qué dice eso?

—Por mi manera de comportarme con usted...

Abrió la boca pero ningún sonido brotó de ella. Incliné la cabeza y la besé casi con violencia. Forcejeó para librarse, pero acabó por rendirse ante la inutilidad de sus intentos. Poco a poco, la aprisioné entre mis brazos y el beso se eternizó hasta el delirio.

En mis manos sentía el calor de su cuerpo y el estremecimiento de su piel suave. Perdí la noción del tiempo y fue preciso separar nuestros rostros para que las aguas volvieran a su cauce.

Jane jadeó violentamente unos instantes. Después balbuceó:

—¿Está satisfecho ahora?

—No.

—Ya lo suponía.

Se levantó. Anduvimos hacia el hotel en silencio durante un trecho.

Los jardines estaban desiertos y la música se oía perfectamente. Me detuve y ella hizo lo mismo junto a mí.

—Usted... —murmuró—, es tan distinto de cómo era él...

—Imagino que se refiere a que soy más bruto —comenté con sarcasmo.

Sonrió y me desconcertó cuando dijo:

—Intento darme cuenta de si esa diferencia me gusta o no.

Un segundo después de eso se abandonó entre mis brazos y sus labios estallaron como una llamarada bajo los míos.

Al diablo con el general y sus recomendaciones.

Me dije que lo que estaba haciendo podía considerarse un trabajo también, de manera que dejé de pensar en el viejo y me dejé hundir en el torbellino de ansias insatisfechas que el loco beso despertaba en mí.

Un siglo más tarde ella susurró:

—Ya basta, Bob... llévame al hotel.

—Es pronto todavía, linda...

No obstante, tuve que llevarla al hotel.

Resultó una noche maravillosa, aunque el recuerdo de mi compañero muerto la turbó en algunos instantes. Tal vez él también hubiera vivido una noche semejante... y había terminado ahogado como una rata.

Pero incluso su recuerdo acabó por desaparecer y sólo quedó Jane.

Era lo que realmente importaba entonces.

CAPÍTULO II

A la mañana siguiente decidí visitar al capitán Remick, de la policía, sobre el cual me había hablado el viejo antes de emprender el viaje.

Tuve que luchar contra los recuerdos de la noche pasada para concentrarme en el trabajo. No resultaba fácil desprenderse del cúmulo de sensaciones que Jane había dejado en mí.

En el vestíbulo del hotel localicé a Willie, el espabilado botones, y me lo llevé a un rincón.

—Necesito averiguar si alguien llamó por teléfono a míster Randall durante sus últimos días de vida, Willie. Incluso, si las telefonistas tienen buena memoria, sería preciso saber quién lo llamó y de qué hablaron.

—¿Cree que alguna de ellas confesará que estuvo escuchando la conversación de un cliente? Le costaría el empleo.

—¿Cómo son ellas, Willie?

—Jóvenes, muy guapas...

—Muy bien, muchacho. Vas a salir esta tarde con la que tenga el turno libre. La invitarás y te ingenias de manera que te diga lo que me interesa saber sin que se aperciba de cuáles son tus verdaderas intenciones. ¿Lo has comprendido?

—Perfectamente. Si hay alguien que pueda sacarles esos informes, ése soy yo, señor.

—Eso espero.

Le entregué algunos billetes y no pude menos que pensar en que, con mi dinero, el pájaro iba a correrse una juerga.

Antes de separarme de él le recomendé:

—Es muy importante que nadie sepa una palabra de lo que estás haciendo. Y ahora, búscame un taxi, Willie.

El coche me dejó frente al recién construido edificio policíaco, y minutos después el capitán Remick me recibió con un efusivo apretón de manos.

Era un hombre de unos cuarenta y cinco años, robusto y con el cabello espeso salpicado de gris. Vestía con cuidada elegancia, sus ademanes eran espontáneos y daba una gran sensación de fuerza. Tenía unos ojos inteligentes y vivos y afilado mentón.

—He recibido un telegrama anunciándome su llegada —me notificó de entrada—. Lamento mucho lo sucedido con su predecesor.

—Todos lo lamentamos. Tengo entendido que usted le prestó su ayuda, ¿no es cierto?

—No, en absoluto.

—¿Cómo?

Volvió a rodear la mesa y fue a sentarse en su sillón, señalándome a mí la silla destinada a los visitantes.

—No puedo ayudarles a ustedes, Stevens, por una razón muy sencilla, ¿se da cuenta? Ignoro por completo qué están haciendo. Ustedes se presentan aquí, hacen algunas preguntas y luego trabajan solos. Cuando terminan desaparecen y asunto concluido. En estas condiciones no puedo hacer nada.

—Ya veo. Hábleme del asesinato de Randall.

—No hay nada que contar que usted no sepa. Apareció flotando, con las manos y los tobillos sujetos con cuerdas de guitarra. Antes de arrojarlo al mar le habían golpeado en la nuca. No se ha encontrado una sola pista hasta este momento, entre otras razones porque ignoramos en absoluto con qué clase de gentes se relacionó, si exceptuamos un millón aria que se aloja en el mismo hotel que...

—La conozco. ¿Qué han averiguado sobre ella?

Sacudió la cabeza con desaliento.

—Nada por ese lado. Está fuera de toda sospecha.

—No obstante, me interesa saberlo, capitán.

—Bien, no hay ningún misterio en torno a esa mujer. Es huérfana de madre desde muy pequeña. Vivió con su padre hasta la muerte de éste, ocurrida hace ahora un par de años. Entonces heredó una montaña de acciones petrolíferas, una cadena de almacenes y otras minucias y se dedicó a viajar por todo el mundo durante un año. Cuando regresó vino a Miami y aquí se quedó,

excepto cortas ausencias regulares para controlar sus intereses en distintas capitales del país.

—¿Ha sido comprobado todo esto?

—Hasta el menor detalle.

—Okey, ¿quién es Arkwright?

—¿No puede darme más detalles sobre ese individuo?

—Lo siento. Todo lo que tenemos es su nombre.

—Hay un Arkwright que posee una de las más importantes firmas de importación y exportación. ¿Se refiere usted a ése?

—No lo sé. ¿Puede dedicar un par de sus hombres a investigarlo? Eso me ahorraría mucho trabajo. Quiero saber todo lo que sea posible de sus negocios, sus cuentas en los Bancos, sus gastos e ingresos...

—Un retrato completo —sonrió Remick.

—Exactamente.

Anotó el nombre en un papel y comentó:

—Al mismo tiempo daremos un vistazo a los demás ciudadanos de ese nombre... No es muy corriente y no creo que haya muchos.

—La misma noche en que Randall fue asesinado murieron también otras personas de muerte violenta. Tengo razones para creer que estaban relacionadas entre sí. ¿Puede decirme algo al respecto?

—Nada. Son crímenes endiabladamente sencillos, tanto que no hay la menor pista con que trabajar. Le aseguro a usted que los criminales se cuidaron muy bien de cubrir sus huellas.

—Mal asunto.

—¿Puedo hacer algo más por usted, Stevens? Créame que en relación con los asesinatos estamos haciendo cuanto podemos.

—No lo dudo, capitán. Tengo otro nombre... el de un senador llamado Anthony Douglas.

Pegó un respingo de sorpresa y exclamó:

—¡No me diga que pretende usted acusar a un senador!

—No sería el primero metido en asuntos delictivos y usted lo sabe. Si hay algo que esté podrido en una gran parte de nuestro país son los políticos. ¿Qué puede decirme de él?

—Nada en absoluto. Es una persona completamente digna a mi modo de ver. Jamás se ha visto mezclado en ningún escándalo, y ni siquiera en las campañas políticas ha salido a relucir nada

deshonroso para él.

—Está bien, dejémoslo. Volveré por aquí para recoger los informes que hayan reunido sobre Arkwright. En cuanto a lo demás, empezaré mi trabajo desde el principio...

—Tenga cuidado, Stevens. No me gustaría nada que acabase usted igual que su compañero.

—Menos me gustaría a mí. Afortunadamente, mis métodos son muy distintos de los que el pobre Randall empleaba...

Abandoné el despacho disgustado por la carencia absoluta de una base a la que agarrarme para iniciar la investigación.

Anduve un rato dedicado por entero a reflexionar. O mi materia gris no estaba en forma aquella mañana o era cierto que no sabía por dónde empezar.

Al fin entré en un bar y pedí una cerveza. Pasé casi media hora sentado en el taburete dándole vueltas a las escasas ideas que tenía. Acabé hecho un lío, pero llegué a la conclusión de que los fulanos que habían despachado a Randall debían saber muy bien que detrás de él vendrían otros, con lo que sólo habrían conseguido un respiro con el asesinato de mi compañero.

Eso me llevó a otra conclusión; era posible que sólo necesitasen un poco de tiempo antes de liquidar definitivamente el negocio. Entonces desaparecerían, riéndose de los pobres investigadores que les seguíamos la pista... Eso debía de ser. Así quedaba perfectamente explicado el por qué habían matado a Randall.

Eso me dio a entender que no podía permitirme el lujo de perder tiempo. Debía quemar etapas y hacer todos los posibles para hacer saltar a la organización de criminales. Y nada mejor para lograr esos resultados que emplear métodos directos.

Naturalmente, esa clase de métodos resultan siempre extremadamente peligrosos. Todo consiste en estar alerta y tirar del gatillo antes que lo haga el contrario.

También me dije, durante aquella especie de examen, que tanto daba empezar por un sospechoso como por otro, aunque al final decidí comenzar por el senador. Nunca me han gustado los políticos, de manera que llamé un taxi y me hice conducir al domicilio del gran hombre.

Anthony Douglas vivía al final de la Avenida Regence, un tranquilo barrio residencial poblado de lujuriantes jardines. Se

necesitaban montañas de dólares para mantener aquellos palacios.

Le ordené al taxista que esperase y pulsé el timbre de la verja.

Apareció una sirvienta negra, con la que mantuve un forcejeo verbal para convencerla de que el senador estaría encantado con mi visita. Finalmente accedió a dejarme entrar y anunciar mi llegada al gran hombre.

Y resultó que era verdaderamente grande, por lo menos de tamaño. Casi me igualaba en estatura, pero su volumen era doble que el mío. En su juventud debió haber sido un magnífico ejemplar.

Estrechó mi mano sin ningún entusiasmo y gruñó:

—¿Puedo hacer algo por usted, míster Stevens? Por lo que me ha dicho la sirvienta, no he comprendido muy bien el objetivo de su visita.

—Soy el heredero de Michael Randall.

Si ese nombre significaba algo para él no lo dio a entender.

—Sigo sin comprender —rezongó—. No tengo mucho tiempo por lo que le agradeceré que sea breve.

—¿No conocía usted a Randall, senador? —pregunté flemáticamente.

—Tal vez lo haya conocido en mis actividades políticas, pero en este momento no puedo recordarlo.

—Randall era un agente del Servicio de Información del Ejército, míster Douglas —le espeté sin rodeos.

Parpadeó y me pareció advertir cierta sombra de duda en el fondo de sus abultados ojos. Pero ésa fue toda su reacción. En vista de eso decidí remachar el clavo.

—Randall fue asesinado hace unos días, senador.

—Lamentable..., muy lamentable. Sin embargo, todavía no veo qué tiene eso que ver conmigo.

—Eso estoy tratando de averiguar. Randall incluyó el nombre de usted en un informe, lo cual demuestra que estaba interesado en sus actividades, senador. He venido para saber a qué se debía ese interés de mi compañero.

—No me cabe duda que se trata de una equivocación —refunfuñó con disgusto.

—No acostumbramos equivocarnos muy a menudo —le espeté de mal talante. Y añadí en el mismo tono—: Randall era uno de nuestros mejores agentes; ponía mucho cuidado en sus informes.

—Todo el mundo puede equivocarse. Si eso es todo lo que tenía que decirme...

Le atajé secamente.

—Hay más todavía, senador. Mi tiempo es tan valioso como el suyo y no creo que lo esté desperdiciando en estos momentos. Deseo hacerle algunas preguntas y...

—No siga —me interrumpió, rojo de cólera—. No estoy dispuesto a someterme a un interrogatorio. Es humillante para mí..., eso es: un verdadero insulto.

—Me sorprende su actitud. Se supone que su deber es servir al país, míster Douglas.

Bufó de indignación ante mi sarcasmo. Su voz temblaba cuando me espetó:

—Por mi posición política y social estoy muy por encima de sus investigaciones. Sepa usted que presentaré una enérgica queja de su comportamiento y de sus métodos.

—Hágalo, pero cuando la presente exponga en ella los motivos por los cuales se niega a responder a mis preguntas. Y detalle también el por qué usted, un político cuyo deber es velar por la seguridad del país, se niega a colaborar con un investigador oficial. Mientras usted pierde el tiempo con sus protestas, yo averiguaré por qué Randall se molestó en anotar su nombre en su lista de sospechosos, poco antes de ser asesinado.

—¡Salga usted de mi casa! —aulló, congestionado de furor.

—Okey; pero eso no quiere decir que hayamos terminado.

Giré sobre mis talones y me dirigí a la puerta, satisfecho de cómo iba la cosa. No obstante, antes de abandonar la estancia le solté con calma:

—Imagino que tampoco sabrá usted nada de Raimundo Soto, o de Nicholson y dos de sus chicas...

Se me antojó que bajo su rostro congestionado latía un súbito temor, pero no pude estar seguro. No obstante, remaché:

—Todos ellos fueron asesinados al mismo tiempo que Randall. Parece ser que los tipos a quienes ando buscando liquidan a todos aquellos de quienes sospechamos nosotros.

Esperé su respuesta, pero el gran hombre había quedado mudo. Así es que, antes de cerrar la puerta a mis espaldas, hice estallar otro cartucho ante sus narices.

—Y sospechamos de usted también, senador. Cuídese.

Cerré la puerta y anduve hacia la salida. Me dije que podía ser un buen sistema asustar a todo el mundo relacionado con el caso. Si alguno de ellos perdía la serenidad tal vez cometieran un error que me facilitase el trabajo, aunque me dije que no tendría ninguna gracia que su error fuera liquidarme a mí...

Al salir del jardín tuve una súbita inspiración. En lugar de dirigirme al taxi que esperaba, rodeé la casa hasta localizar la ventana iluminada. Con precaución, observé el interior y descubrí al senador con el teléfono pegado al oído. A juzgar por sus ademanes y la rapidez con que hablaba el hombre estaba extremadamente nervioso. No pude escuchar sus palabras porque la ventana estaba cerrada, pero por lo menos obtuve una clara impresión de su estado de ánimo.

Finalmente, colgó el teléfono, sacó un pañuelo y se enjugó la sudorosa frente. Entonces golpeé el cristal con los nudillos.

A pesar de su tamaño, el senador pegó un brinco y se precipitó hacia la mesa sin mirar a la ventana para nada. Cuando lo hizo, empuñaba una pistola automática, aunque su mano temblaba tan violentamente que no habría acertado a un elefante en caso de haber apretado el gatillo.

Cuando me reconoció se quedó tieso. Poco a poco, bajó el brazo armado y dio la sensación de que no sabía qué hacer con la pistola.

Le dediqué un saludo burlón y emprendí la retirada. Hay situaciones que no pueden apurarse más allá de un cierto límite de prudencia.

CAPÍTULO III

Anocheecía cuando hice mi segunda visita al capitán Remick. Era la hora en que cambiaban los turnos de los patrulleros y había un gran movimiento en el rutilante edificio.

—Siéntese —gruñó el capitán al verme—. Tengo algunos datos para usted, pero nada de interés.

—¿Arkwright?

—Sí —me entregó unos papeles mecanografiados y añadió—: Como es lógico, este informe no está completo. No había tiempo para más, sin embargo, mañana por la mañana tendré los informes de distintos Bancos y una relación de sus ingresos y gastos en el último año.

—Le agradezco su colaboración...

Leí rápidamente el informe. Según se desprendía del escrito, Arkwright era un honesto comerciante dedicado a la exportación de maquinaria agrícola. Sus principales clientes radicaban en Argentina y otros países de Centro y Sud América. No se le conocían actividades sospechosas, nunca había estado complicado en nada ilegal y parecía vivir dedicado exclusivamente a sus negocios y a su familia. En resumen; un ciudadano modelo.

No obstante, levanté la cabeza y miré al capitán recto a los ojos antes de espetarle:

—¿Ha pensado usted la cantidad de armas que caben dentro de los embalajes de maquinaria agrícola, Remick?

—¿Armas?

—Ajá. Fusiles, pistolas, ametralladoras y municiones. Incluso cañones podrían camuflarse en esos envíos.

—¿Qué tienen que ver las armas con lo que estamos tratando?

—¿Quiere hacerme creer que no había sospechado la naturaleza

de nuestra misión?

Sonrió como un zorro y confesó:

—Bien, sospechaba algo semejante, pero como nunca me comunicaron nada oficialmente, me abstuve de intervenir. No soy más que un capitán de policía provinciano, Stevens, compéndalo.

—Una actitud muy cómoda por su parte, aunque lógica. Veamos qué tiene que decirme del senador Douglas.

El informe del gran hombre era todavía más lacónico que el anterior. No parecía haber misterio alguno en su vida y todas sus energías estaban encaminadas a encumbrarse públicamente. Nada de escándalos, ni de mujeres. A juzgar por lo que estaba leyendo, el senador había apartado de su vida todo lo que pudiera ser un impedimento para sus ambiciones políticas.

Lo que no decía el informe era sus fuentes de ingresos. Se necesitaba una fortuna para mantener su tren de vida en el palacio que habitaba, además de sostener todo el tinglado político que le respaldaba.

Tiré el papel sobre la mesa y no pude ocultar mi desengaño.

—No hay nada comprometedor —dije entre dientes.

—¿Esperaba realmente encontrarlo?

—Sí. Y no desespero todavía. Es imposible que Randall se equivocara tan rotundamente porque si hubiera sido así no lo habrían asesinado. El debió llegar a algún resultado que, de momento, no alcanzo a comprender.

—¿No había más nombres en la lista de Randall?

—Sí; el de una mujer. Pero de ella me ocuparé personalmente esta noche.

—¿Es un secreto o puedo saber de quién se trata? Espere —exclamó de pronto, sonriendo—. La millonaria que acostumbraba cenar con el pobre Randall, ¿no es así?

—No; su nombre es Lee Harley, una bailarina del club «Habana».

—La he visto alguna que otra vez —sus ojos relucieron lujuriosamente—. Su número es sensacional, amigo mío. Le aconsejo que no se lo pierda.

—Lo recordaré —dije, levantándome—. Nos veremos mañana. Quizá el resto del informe sobre Arkwright nos revele algún dato concreto.

—Eso le facilitaría mucho el trabajo, Stevens, pero no confíe

demasiado en ello. Tengo la impresión de que sigue una serie de pistas falsas, aunque me emplumen si sé por qué lo creo así.

Me encogí de hombros, estreché su mano y volví a la calle dándome a todos los diablos. ¿Qué demonios había estado haciendo Randall para haber metido la pata de semejante manera? Hasta el momento todos los nombres de su lista estaban resultando perfectamente inútiles. A menos que el senador resultase nuestro hombre, yo habría estado dando palos contra mi propia sombra.

Antes de dirigirme al club «Habana» busqué un teléfono y llamé al hotel. Pude localizar al botones cuando, según me dijeron, estaba cambiándose de ropa para abandonar el trabajo.

Cuando escuché su voz le pedí que averiguase si Jane Gardner había regresado al hotel. No había podido ponerme en contacto con ella en todo el día.

Minutos después, Willie dijo:

—No está en su habitación, señor. Tampoco tiene mesa reservada para cenar...

—¿Alguien la ha visto hoy?

—Nadie. Ha salido muy temprano y todavía no ha regresado.

—Está bien, olvídale. ¿Qué puedes decirme de las telefonistas?

—Ahora voy a ocuparme de eso, señor. Estoy citado con la que termina su turno dentro de unos minutos. Mañana a primera hora le daré mi informe. ¿Le parece bien?

—Perfectamente, Willie. Hasta mañana.

La ausencia de Jane me preocupaba más de lo que yo mismo me atrevía a reconocer. Durante todo el día había pensado en ella. Era indudable que me sentía poderosamente atraído hacia semejante mujer, a pesar de saber con seguridad que nunca podría poseerla por entero. Entre los dos se elevaba una montaña de dólares colocándola a ella fuera de mi alcance. Pensé con disgusto que, para ella, yo no pasaba de ser una diversión pasajera, tal vez una novedad. Ella me consideraba un espía... uno de esos románticos personajes que en las películas suelen aparecer como seres míticos atrayentes.

La realidad es muy distinta y ella no tardaría en darse cuenta.

Ahuyenté esas cavilaciones, tomé un taxi y me hice conducir al *cabaret*.

Era éste un edificio de tres plantas rodeado de una gran

extensión de terreno cuidado en el cual las palmeras erguían sus siluetas como fantasmas, más oscuras que la noche. Un gran parque de estacionamiento se abría entre la carretera y el edificio.

A pesar de lo temprano de la hora, siete u ocho coches estaban ya aparcados a un lado. El taxista debió pensar en el largo regreso sin pasaje y preguntó:

—¿He de esperarle, señor?

—Sí.

El hombre suspiró, satisfecho, y detuvo el coche a un lado de la entrada.

El portero no trató de disimular su desprecio hacia mí al verme llegar en un miserable taxi. Su uniforme de almirante debía colocarlo a una altura astronómica por encima de mí.

Sin embargo, se dignó responder a mi pregunta, aunque de muy mala gana.

—Lee Harley no actúa hasta las once por primera vez. Luego, a las dos y media de la madrugada interpreta su último número.

—No le he preguntado a qué hora actuaba, sino si estaba ya en el local.

—Llega mucho más tarde.

—La veré entonces.

—¿Para qué desea verla? Tal vez cuando llegue pueda avisarla y...

—Yo haré mi propio trabajo, compañero —le atajé.

Noté una mano sobre mi brazo y me volví en redondo. El chofer susurró:

—Un momento, amigo...

Seguí al taxista hasta el lado del coche. Allí murmuró con evidente misterio:

—No les gustan los fisgones, tenga cuidado.

—¿Teme quedarse sin pasajero para la vuelta?

—Todo el mundo sabe que en el «Habana» se juega en grande, ¿comprende? Y hay otras cosas..., habitaciones en el último piso, discretos *nidos de amor*. Por eso no permiten que nadie meta la nariz ahí dentro.

—Ya veo... Lo tendré en cuenta. Aguarde aquí y no se impaciente si tardo en llegar.

—Okey; buena suerte.

Entré al *cabaret* notando la ausencia del portero.

Tal vez no deseaba darme las buenas noches como cliente.

Reinaba un discreto lujo en el interior, aunque debía haber costado una fortuna la decoración. No había nadie en el bar, aunque pude ver que varias parejas estaban cenando en las mesas. La tenue iluminación ayudaba a crear un ambiente íntimo y suave.

Me encaramé a un taburete y pedí un *whisky*. Maté el tiempo pensando en esto y aquello hasta que una voz dijo junto a mi nuca:

—Creo que anda usted buscando a Lee...

Me volví en el taburete, sólo para encontrarme ante una montaña de músculos coronada por una cara de facciones aplastadas. Unas cejas espesas como cepillos casi ocultaban los ojos.

—Es cierto —dije—. ¿Ha llegado ya?

—No.

—Bueno.

Le volví la espalda. El se movió lo justo para colocarse a mi lado.

—Usted no conoce a Lee, de lo contrario no se comportaría de esa manera.

—¿De qué manera? —dije, casi satisfecho de cómo se presentaban las cosas.

—Los amigos de Lee saben a qué hora llega y cuándo actúa. Y ninguno de ellos se presentaría en un taxi.

—Ya veo. ¿Qué es lo que sigue ahora, King-Kong?

Se sulfuró, pero controló perfectamente su voz.

—No nos gustan los fisgones. Usted no es cliente de la casa no ha estado aquí nunca..., ni nos hace falta. Termine su bebida y lárguese.

Al mismo tiempo que hablaba hizo un movimiento suave para desabrocharse la chaqueta, como si tuviera calor. Quedó a la vista la culata de un revólver asomando fuera de su funda axilar.

Le obsequié con una sonrisa antes de preguntarle amablemente:

—Muy curioso. ¿Lo lleva como contrapeso?

—Ya está advertido. Acabe su bebida y...

Introduje la mano bajo mi chaqueta sin prisas, como si me dispusiera a pagar la consumición. Pero en lugar de dinero saqué mi vieja «Luger», negra y grande, y le hurgué la barriga con el largo

cañón.

—A mí también me gusta jugar con esos trastos de vez en cuando —le dije con amabilidad—. ¿Comenzamos los fuegos artificiales o tiene algo más que decir?

Su cara se volvió amarilla como un limón, después adquirió un tono gris de ceniza y el gorila se echó hacia atrás, con lo que derribó un taburete estrepitosamente.

—Venga aquí, compañero —le ordené, amenazándole con la automática—. Me gusta su charla.

No tuvo más remedio que obedecer.

—¿Qué anda buscando, fisgón? —barbotó, asustado.

—¿Quién te ha mandado echarme de aquí?

—El patrón.

—Okey, me encanta dar facilidades. Vamos a ver al patrón. En marcha, y cuidado con perder el paso.

Anduvimos uno detrás del otro, subimos escaleras cubiertas por costosas alfombras. Los pisos primero y segundo estaban casi a oscuras, por lo que calculé que el verdadero negocio no se animaba hasta más tarde. En cambio, el tercero tenía discretas luces que permitían ver toda una serie de puertas iguales a lo largo del pasillo. También una gruesa alfombra ahogaba los pasos.

—Imagino que eso son los *nidos de amor* —dije con sorna—. ¿No es cierto, gorila?

Soltó un gruñido y me guió hasta el final del pasillo, donde éste doblaba en ángulo recto. Al final de este último tramo una gran puerta cortaba el pasillo y por debajo de ella brillaba una luz.

El gigantón llamó con los nudillos. Acto seguido abrió y entramos los dos, de manera que fui yo quien cerró la puerta con el pie.

El hombre que estaba sentado detrás de la mesa de despacho se levantó de un brinco al ver la procesión. Vestía un bien cortado *smoking*, era delgado y elástico y pertenecía a esa clase de seres que están hechos para ostentar el poder.

Había distinción en sus maneras, a pesar de su estupefacción de aquellos momentos.

—¿Qué demonios significa esto? —exclamó.

—Ese embajador que me ha enviado —expliqué—; ha querido hacer juegos de manos con un revólver y eso siempre me pone

nervioso. ¿Puede decirme qué significa semejante recibimiento en su local?

—Temo que ese energúmeno haya interpretado mal mis órdenes. Le presento mis excusas. ¿Quiere sentarse un minuto?

El tipo tenía nervios. No había que olvidar que una «Luger» de muy mal aspecto le apuntaba a la cara mientras hablaba.

—Si esa nulidad de guardaespaldas que usted posee se queda detrás de mí, prefiero seguir de pie si no le importa.

—Como quiera —hizo un ademán imperioso y gruñó—: ¡Sal de aquí, Sutton!

El gorila tragó saliva.

—Pero, patrón —protestó—. El tipo tiene una pistola.

—Es lo bastante grande para que yo la haya visto. Espera fuera.

El apabullado matón giró sobre los talones y abandonó el despacho.

Cuando se hubo cerrado la puerta, el hombre sentado a la mesa sonrió agradablemente y señaló la pistola.

—Espero que no cometa ninguna tontería —dijo.

Enfundé el arma y me senté en la butaca que me había señalado. El se presentó espontáneamente:

—Mi nombre es Walker —dijo—. Melvin Walker.

—Robert Stevens. Ahora que ya nos conocemos, ¿qué le parece si me cuenta sus motivos para echarme a la calle?

—Eso ya no debe preocuparle. He sido mal informado sin duda alguna. Puede contarme usted qué ha venido a buscar y tal vez pueda ayudarle...

—¿Por qué tengo que decírselo? Deseo ver a Lee Harley para empezar.

—Mire, amigo; éste es un local caro, distinguido y en el que hay algunas diversiones a las que no queremos hacer publicidad. Eso le aclara mis precauciones, ¿no es así?

Pensé la respuesta durante unos momentos. A pesar de todo, y casi contra mi voluntad, me gustaba aquel individuo y su manera de proceder.

Eso fue lo que me decidí a hablar sin rodeos, con la esperanza de que mis palabras hicieran saltar cualquier posible resorte escondido.

—Walker —dije—, sé perfectamente que en su local se juega en

grande, que tiene un refugio para las parejas apasionadas y que les facilita usted toda clase de medios para apagar ese apasionamiento. Sé tantas cosas de usted y su negocio que se caería de espaldas si se las dijera, pero nada de todo eso me importa en absoluto. Todo lo que deseo es hablar con Lee Harley a solas unos minutos. ¿Le parece que pido mucho?

Acusó la andanada. Por un instante, en su mirada relampagueó una luz peligrosa, pero inmediatamente se apagó y todo volvió a ser como antes.

Entonces dijo:

—¿Puedo preguntarle quién es usted?

—Puede hacerlo.

—Comprendo, no me lo dirá.

Me encogí de hombros y le dediqué una sonrisa burlona. El me la devolvió como si la situación fuera algo divertida.

—¿Policía? —indagó todavía.

—No.

—Eso debería tranquilizarme, pero en realidad me alarma... En fin, Lee no está aquí todavía. Es temprano para ella.

—Esperaré.

—Estoy desconcertado, mister Stevens —confesó con una sonrisa—. Pero creo que no puedo hacer nada para adelantar los acontecimientos. ¿Aceptará cenar conmigo mientras aguarda a la muchacha?

—Acepto, naturalmente. Por lo menos, esa cena no la pagarán los contribuyentes. Aunque usted no me invita desinteresadamente. Walker. Su idea es mantenerme bajo vigilancia mientras estoy aquí, ¿no es cierto?

—Poco más o menos.

Resultó una cena exquisita. Sin duda alguna, Melwin Walker era un *gourmet* en toda la extensión de la palabra. Comencé a mirarlo con cierto respeto.

Sólo cuando terminamos el café se decidió a probar fortuna nuevamente.

—¿Quién es usted realmente, Stevens? Me intriga, créame.

En lugar de responderle le hice otra pregunta.

—¿Recuerda usted a un hombre llamado Michael Randall?

Se quitó el puro de la boca y no pudo ocultar un sobresalto.

—Así que se trata de eso —masculló—. Debí figurármelo.

—¿Y bien?

—Usted ha dicho que no es policía.

—Y sigo diciéndolo.

—Está bien, renuncio. Sí, recuerdo a Randall. Vino muchas veces por aquí.

—¿Sabía usted qué era él?

—No.

—¿Seguro?

—¿Por qué tendría que mentirle? Sé que fue asesinado, pero yo no tuve nada que ver con eso, de manera que no tengo nada que temer por ese lado. ¿Quién era Michael Randall según usted?

Aspiré hondo. Quien siembra vientos recoge tempestades, y todo lo que yo estaba haciendo desde mi llegada a Miami era sembrar huracanes.

—Un agente del Servicio de Información del Ejército —dije sin rodeos.

—Bueno, ésta es la noche de las sorpresas. Supongo que usted es más o menos lo mismo.

—Ha acertado esta vez. ¿Quiere ahora responderme unas preguntas?

—Sí, siempre que no me complique la vida.

—No creo que deba preocuparse... de momento. Sé que Randall venía aquí por Lee Harley, ¿no es así? Okey —añadí sin esperar su respuesta—. Dígame, Walker, ¿cree usted que iba tras esa muchacha simplemente porque le gustaba, o había algo más?

—Es difícil responder a eso concretamente, no obstante, mi opinión es que sólo se interesaba por terriblemente importante, pero que en un par de días lo tendría resuelto. Entonces sacó la licencia...

—Ya veo...

—¡Le quería! —exclamó con voz contenida—. Y además, era la posibilidad de dejar este ambiente... Michael llegó a serlo todo para mí.

—Está bien, Lee, cálmese. ¿Le habló alguna vez de la clase de trabajo que estaba llevando a cabo?

—No, nunca.

—¿Lo vio alguna vez en compañía de alguien desconocido?

—Siempre vino solo, igual que cuando nos encontrábamos en la ciudad...

Había dejado de llorar, pero la humedad de las lágrimas seguía en sus ojos.

Y entonces preguntó:

—¿Qué era Michael en realidad, míster Stevens?

—Un agente secreto —respondí distraídamente. Mis pensamientos zumbaban como una colmena de abejas enfurecidas. Por todas partes surgían barreras que cerraban todo posible paso en mis investigaciones.

Cuando la miré nuevamente quiso saber:

—Usted..., usted es lo mismo que Michael, ¿verdad?

—Sí. ¿Dónde tiene ese documento y la fotografía, Lee?

—En mi casa...

—Bien, esperaré a que termine su actuación. Tengo un taxi ahí fuera. Iremos a su casa y volveré a traerla aquí. ¿Conforme?

—Sí... Y, por favor, no presencie mi actuación.

Asentí con un gesto. Comprendí perfectamente lo que quería decir.

—Gracias —susurró.

Se levantó y se marchó. Entonces llegó el camarero con el pedido y engulló las bebidas de los dos. Ni así logré salir del mar de dudas en que me debatía.

CAPÍTULO IV

—Siéntese mientras busco esos papeles.

Era un apartamento limpio y cómodo, bien amueblado. Lo encontré agradable porque carecía de lujos superfluos a los que tan aficionadas son las muchachas dedicadas a la profesión de su propietaria.

Lee Harley reapareció un minuto después con la fotografía y la licencia matrimonial en regla. En la foto, Randall tenía a la muchacha enlazada por la cintura y aparecía sonriente y feliz, como si no tuviera más preocupación que hacerle el amor a su adorada Lee, según rezaba en la escueta dedicatoria.

En cuanto a la licencia, no había duda que estaba en regla. Incluso reconocí perfectamente la letra de Michael que yo tan bien conocía.

Le devolví todo a la muchacha. Sus manos temblaban.

—¿Qué más quiere saber ahora? —murmuró.

—Ya nada, Lee. Lamento lo sucedido.

—Ya pasó. Tuve una oportunidad y se desvaneció en un instante..., nunca volverá.

Fue a guardar los papeles y regresó. No acerté a decir nada durante unos segundos, hasta que ella pareció volver a la vida y sus dedos se engaritaron fieramente en mi brazo. Su voz semejó un chirrido cuando me pidió:

—Por favor... ¡Mate al asesino de Michael!

Me estremecí ante la intensidad del odio que desbordaba de sus ojos y de toda su actitud.

—Daré con él, Lee —prometí—. No podrá escapar.

Abandonamos el apartamento. Había despedido al taxi al venir, de manera que al llegar a la acera miré arriba y abajo de la calle

con la esperanza de ver a alguno libre.

En aquel instante alguien soltó un chorro de balas. El horrísono estruendo de la ametralladora atronó la noche y un alud de proyectiles zumbaron como demonios, buscándome por todas partes.

Me arrojé de cabeza propinando un tremendo empujón a la muchacha, que cayó a algunos pasos de mí. Gateando desesperadamente, conseguí llegar junto a la parte delantera de un gran coche estacionado junto a la acera. Las balas se estrellaron contra el capó del motor, aumentando el estruendo.

Detrás de mí, Lee comenzó a chillar como una loca. Por el rabillo del ojo la vi aferrarse a la manija de la portezuela y ésta se abrió. La muchacha se tiró de cabeza dentro del auto sin dejar de gritar.

Los proyectiles seguían martilleando en el capó, atravesándolo y yendo a estrellarse contra el bloque del motor. Pude acurrucarme junto a la rueda y entonces atisbé casi a ras del suelo. Un «Cadillac» último modelo estaba moviéndose sin prisa. Por la ventanilla trasera asomaba el ametrallador con que me rociaban de balas.

Levanté la «Luger» y comencé a disparar con los nervios en tensión. El coche pegó un salto hacia adelante y se alejó a toda velocidad pero continué mandándoles mis proyectiles hasta que el percutor golpeó en el vacío.

La calle se había convertido en una jaula de locos. No tardarían en llegar los policías, cuyos silbatos aullaban por todas partes, acercándose.

Habían comenzado las hostilidades. Alguien estaba lo bastante inquieto como para organizar aquella ensalada, alguien que tendría que volver a moverse a no tardar mucho si quería librarse de mí.

Lee seguía chillando dentro del coche, pero un ligero vistazo me bastó para darme cuenta que estaba ilesa. Los proyectiles se habían ensañado solamente en la parte del motor, de manera que el resto de la carrocería estaba intacto.

Me desentendí de ella y me lancé al interior del edificio. En el pequeño cubículo del portero había un teléfono y no perdí un segundo en llamar al capitán Remick.

—¡No me haga perder tiempo! —le grité cuando estuvo al aparato—. Acaban de rociarme con plomo en plena calle. He

conseguido leer la matrícula del coche. Anótela, Remick.

—¡Espere, demonios! ¿Qué es lo que está diciendo?

—Anote esta matrícula:

34-Y

D-146,

de Miami. ¿Lo tiene?

—Sí, pero no comprendo cómo la ha podido ver en medio de un tiroteo...

—Debieron sufrir un descuido y llevaban la luz de la matrícula encendida... O tal vez no fue un descuido —dije de pronto, asaltado por una súbita idea—. Localice inmediatamente al propietario de ese coche, capitán. Volveré a llamarle dentro de media hora.

Colgué sin perder más tiempo y volví a la calle. La muchacha intentaba abrirse paso por entre la gente que se había agolpado junto al acribillado auto. Dos policías se acercaron a ella en el instante en que Lee se echaba en mis brazos. Uno de los guardias dijo:

—Vamos a ver quién explica esa batalla... ¿Contra quién han disparado, contra esa chica?

—La cosa iba por mí, agente —expliqué—. Pero ahora no hay tiempo para más aclaraciones.

Hube de mostrarle mis credenciales, pero incluso así hubimos de aguardar a que llamase al capitán Remick. Eso permitió vernos libres de los policías, los cuales dedicaron sus energías a alejar el grupo de curiosos.

—No te muevas de aquí, Lee —le dije—. Hay algo que quiero ver.

Empleé varios minutos en examinar el coche tras el que me había parapetado. Todos los impactos estaban en el capó del motor. No había un solo agujero en el resto de la carrocería, lo cual resultaba más que sorprendente si uno se detenía a pensar en ello.

También la pared de la casa estaba convertida en un mapa en relieve. Incontables impactos habían hecho saltar el cemento dejando su elocuente huella.

Todo aquello resultaba un tanto absurdo a mi modo de ver.

Junto a mí uno de los guardias comentó:

—¿Qué le pasa a usted, quiere contar los agujeros?

—Sólo quería comprobar si esa gente sabía tirar.

—A mi modo de ver no —opinó el policía—. Han desperdiciado centenares de balas sin acertar un solo tiro; eso es una demostración de ineptitud.

—Usted no ve más allá de sus narices. El fulano que manejaba la ametralladora es un verdadero artista en su especialidad. Piénselo un poco.

Le dejé allí, desconcertado, y fui a reunirme con la muchacha. Paré un taxi, le ordené que nos llevara al club «Habana» y me recosté en el asiento reflexionando furiosamente.

Me despedí distraídamente de Lee Harley, regresé al taxi y me hice conducir al hotel. Seguía sumido en un mar de dudas que no conseguía aclarar.

¿Por qué demonios no habían metido ni una bala en la carrocería, donde estaba la muchacha? Además, con la cantidad de plomo que habían soltado, era casi increíble que no me hubieran acertado...

O yo estaba completamente loco, o la explicación era tan sencilla que producía escalofríos.

Me di una rápida ducha y después telefoneé al capitán Remick.

—¿Sabe ya a quién pertenece el coche? —le pregunté.

—Sí, ha sido muy fácil localizar esa matrícula.

Me pareció que su voz había sufrido un cambio.

—¿Qué le pasa a usted? —le espeté—. ¿Ha perdido la voz?

—No... Pero el auto pertenece al senador Douglas.

Quedé sin hablar. Intenté comprender aquel cúmulo de absurdos y fracasé.

La voz del capitán se elevó un tono, preguntando:

—¡Eh! ¿Sigue usted ahí, Stevens?

—Sí, estoy tratando de no volverme loco antes de tiempo. ¿Por qué demonios el senador ha utilizado su propio coche para llevar a cabo ese atentado?

—Quizá no ha sido él..., pueden haberlo robado.

—Ni usted mismo cree eso. Mande a sus hombres que le traigan al senador y enciérrelo hasta que yo pueda verlo. ¿Comprendido?

—Ya han ido a detenerlo hace rato.

—Okey, con un poco de suerte esto se acaba, Remick. Esta vez no conseguirán escapar.

—Cúidese usted. La próxima vez pueden afinar la puntería y

dejarlo tieso.

—Lo tendré en cuenta.

Continué analizando los pocos hechos que conocía, pero siempre iba a parar al mismo problema. ¿Por qué habían puesto tanto cuidado de no dañar a Lee? No me cabía duda que el fulano que manejaba el ametrallador hubiera podido escribir su nombre en la pared de habérselo propuesto... y no había acertado un solo disparo.

Cada vez lo entendía menos.

O, por el contrario, lo entendía demasiado.

CAPÍTULO V

A la mañana siguiente, el capitán Remick me mandó el informe final sobre Arkwright, en el cual quedaba demostrado que no había nada dudoso en aquel hombre. Seguramente, Randall se interesó por él debido a la clase de exportaciones a que se dedicaba, capaces de esconder gran cantidad de armamento.

Sin embargo, ahora quedaba descartado. En fin, uno menos de que preocuparse, reflexioné de mal humor.

Acababa de vestirme cuando llamaron a la puerta y entró Willie. El botones venía radiante, satisfecho de sí mismo.

—Tengo interesantes noticias para usted, míster Stevens — anunció—. Estuve haciendo un buen trabajo con esa chica.

—Espero que fuera un trabajo exclusivamente informativo, Willie. Suelta lo que sepas, tengo prisa esta mañana y...

—Le interesará, señor. En primer lugar, míster Randall llamó un par de veces al senador Douglas, y también éste llamó al hotel preguntando por míster Randall. La chica no sabe de qué hablaron.

Bien, quedaba demostrado que el senador me había mentido. Conocía perfectamente a Randall.

—Sigue, muchacho.

—También mantuvo algunas conversaciones por teléfono con la señorita Gardner. Solían ir a nadar juntos algunas mañanas y él la citaba desde el lugar en que se encontraba.

—¿Qué más?

—Ahora viene lo bueno, señor... míster Randall comunicó también con Lee Harley, del club «Habana». ¿Recuerda que usted me preguntó por esa bailarina? Bueno, pues según la telefonista, iba a casarse con míster Randall.

—Así que era cierto después de todo...

Mi comentario casi inconsciente apagó el entusiasmo del botones.

—¿Ya sabía usted eso, señor? —se quejó.

—Sí, Willie, aunque no estaba seguro de que fuera cierto. ¿Te dijo algo más tu telefonista?

—Tan sólo algunas llamadas de un tal capitán Remick. Generalmente, era míster Randall quien lo llamaba a él.

—Te portas como los buenos, Willie. Sigue con ese trabajo, pero con la otra telefonista, a ver si también averiguas lo que sabe.

Le entregué algunos dólares más para los gastos y antes de que saliera le dije:

—Entérate de si regresó anoche la señorita Gardner. Si volvió, intenta saber a qué hora. Pero todo eso con mucha discreción, o te arrancaré las orejas.

Salió acariciando los billetes amorosamente.

Apenas si había tenido tiempo de fumar un cigarrillo cuando el muchacho volvió a aparecer, esta vez sin tomarse la molestia de llamar.

—Regresó alrededor de las tres de la madrugada, señor —informó, muy serio—. Llegó con el auto cubierto de polvo y encargó que lo llevaran a limpiar.

—¿Está en su habitación ahora, Willie?

—No, señor; en la piscina fría.

—Eso es todo de momento. No te olvides de la telefonista.

Salí tras él rumbo a la piscina. Estaba muy concurrida y la mayoría de las mesas estaban ocupadas por hombres y mujeres en escuetos trajes de baño, resguardándose del ardiente sol bajo los parasoles multicolores.

Di casi la vuelta completa a la piscina sin ver ni rastro de Jane Gardner. Ya desesperaba de encontrarla cuando ella me llamó preguntando:

—¿Me buscabas a mí, Bob?

Di la vuelta y allí estaba ella, tendida en una silla extensible de lona, al lado de una mesita. La sombra del parasol le resguardaba el rostro, dejando el resto del magnífico cuerpo expuesto a la acción solar. Llevaba puestos un par de triángulos de tela que parecían haber encogido sobre sí mismos hasta quedar reducidos a la mínima expresión. Imaginé que «aquello» era lo que Jane consideraba un

bikini, aunque podían aplicársele otros nombres muy distintos.

—Sí —dije, notando algunas dificultades para hablar. La tostada piel y sus rotundas formas resplandecían con toda su libre belleza, capaces de alterar los nervios de un asceta.

—Siéntate aquí, a mi lado —susurró—. Hay *whisky* y hielo en la mesa.

Preparé uno más cargado de lo normal antes de dejarme caer sentado junto a ella.

—En realidad —dije hablando despacio, entre sorbo y sorbo—, te ando buscando desde ayer. No pude localizarte en parte alguna.

—¿Es eso lo que te ha puesto de mal humor?

Lo dijo alegremente, como satisfecha de que así fuera.

—Han habido otras cosas que me han amargado la vida. ¿Dónde estuviste, Jane?

No respondió. Cuando la miré desvió los ojos.

—¿No quieres decírmelo? —insistí.

—¿Celoso, querido?

Se echó a reír, pero resultó una risa tensa y vacía.

—Tengo infinidad de preocupaciones para ocuparme también de sentir celos.

—Eso no es muy amable por tu parte.

Apuré el *whisky* y comencé a sudar. Hacía un endiablado calor y la proximidad de la muchacha no contribuía a refrescar el ambiente, así es que me levanté de un brinco y le espeté:

—Me esperan un montón de cosas por hacer; problemas y más problemas que amenazan con arrollarme como hicieron con Randall. No quiero que tú te conviertas también en un problema insoluble. Quizá nos veamos alguna vez.

Giré sobre mis talones y me alejé llamándome estúpido en todos los idiomas que conocía. No obstante, ella corrió hasta alcanzarme y me detuvo aferrándose por el brazo. No cabía duda que estaba furiosa, y pensé que con un poco más de indignación que se acumulase en su pecho aquella parte del bikini estallaría como un globo. Vi cómo temblaban sus labios cuando balbuceó:

—¿A qué viene esa actitud, Bob? No creo que sea solamente porque me niego a decirte dónde estuve ayer...

—Eso es sólo una parte de la cuestión.

—Te reirías si te dijera la verdad.

—No me río con facilidad estos días, «amor mío». Únicamente lamento no haberle hecho caso al viejo la otra noche. Llegué a creer que...

Me interrumpí, furioso conmigo mismo.

—¿Qué, Bob?

—Nada, olvídalo.

Hice ademán de alejarme, pero me retuvo una vez sin importarle la curiosidad que estábamos despertando a nuestro alrededor.

—Espera —susurró—. Quiero saber qué te ocurre quiero saberlo, querido. Después de... de la otra Boche creo que tengo derecho a hacerte esa pregunta.

Mis nervios dieron un tirón. Deseé abofetearla allí mismo como confesión de mi debilidad ante ella, de bajón completo.

Me hice conducir en un taxi hasta la Central para cambiar impresiones con el capitán Remick. Necesitaba hablar con alguien, aturdirme con el trabajo para no dejarme influir por los sentimientos.

Encontré a Remick de un humor muy parecido al mío por lo que pude ver.

—Escapó —dijo entre dientes—. Cuando llegaron mis hombres el senador Douglas había desaparecido. Nadie supo dar razón de su paradero.

—Era de esperar —mascullé—. Aunque hay algo muy extraño en todo esto, capitán.

—Si le parece que, para variar de costumbres, puede hablarme de lo que está pensando, le escucharé con gusto, Stevens. Aunque he de confesarle que sería la primera vez que uno de ustedes, o un federal, ponen las cartas boca arriba delante de un humilde policía.

—Déjese de sarcasmos. He estado poniendo la mosca en la oreja a los sospechosos esperando que el pánico les obligase a dar mi mal paso y por lo visto el senador lo ha dado. Ahora me preguntó en qué dirección ha dado ese paso...

—Está hablándome en chino.

—Vamos a tener una parrafada usted y yo, Remick. Tal vez atando cabos los dos consigamos ver una luz donde no hay más que oscuridad. Por mi parte, le confieso que estoy hecho un lío.

Se echó atrás en su sillón y suspiró. Su aspecto cansado se agudizó al relajarse en el asiento.

—Adelante, Stevens. Nada me gustaría tanto como poder ayudarle y acabar de una vez con este asunto.

Encendí un cigarrillo y comencé, hablando con voz monótona, casi como si recitara un monólogo:

—Primero; tenemos a unos tipos que en cuanto Randall se convierte en un peligro para ellos lo eliminan de manera perfecta. En segundo lugar, la misma noche matan a dos individuos a los que Randall les iba a la zaga, y también en estos dos casos se aseguran de no dejar la menor pista. Y, como colofón, acaban con dos muchachas que habían estado relacionadas con una de las víctimas. En todos esos casos cualquiera creería que han conseguido cometer el crimen perfecto. Son obras de arte por su misma sencillez. ¿Me sigue?

—Hasta aquí sí, pero continúe.

—Okey; así las cosas, luego yo y empiezo a mover el asunto de la manera más descarada que se me ocurre con el fin de que esos bastardos sepan que Randall ya tiene sucesor, provocándoles abiertamente con el fin de que se muevan y yo pueda seguir cualquier pista que dejen. Muy bien, la cosa da resultado y deciden liquidarme, pero lo hacen de la manera más burda que se conoce y ni siquiera consiguen herirme. ¿Le parece lógico, después de que han demostrado ser unos artífices del asesinato?

—Fallarían el tiro...

—¡Y un cuerno! Hasta un aprendiz hubiera acertado con aquella ametralladora. La forma de tirar resultó perfecta. Cada bala se incrustó en el lugar calculado.

—¿Qué es lo que quiere dar a entender, Stevens?

—Que ese atentado fue una cortina de humo, un simulacro. No querían liquidarme, por lo menos esa vez. Tampoco querían causar ningún daño a la muchacha que estaba conmigo, Lee Harley.

Se enderezó cansadamente en su asiento.

—Temo que no comprenda sus elucubraciones, Stevens —gruñó.

—Está claro. Suponga que yo he avanzado bastante en mi investigación, pero todavía no represento un peligro inmediato. Saben que si me liquidan vendrá otro, y otro y tantos como sean precisos para acabar con esa pandilla de hijos de perra. Okey, deciden preparar un escenario para que mis pasos se dirijan hacia una meta equivocada. Eso les dará tiempo a liquidar el negocio y

esfumarse. Y así llevan a cabo el atentado más idiota de cuantos tengo noticia. Había esa chica conmigo e incluso en su terror se metió dentro del auto, en la parte trasera, con lo que virtualmente se encerró en una ratonera. «Tenían» que habérsela cargado incluso si sólo hubiesen querido matarme a mí. Pero no, capitán; ni una bala dio en la carrocería. ¿Comprende ahora?

Se rascó la coronilla, perplejo, y al fin dijo:

—Usted quiere dar a entender que esa mujer pertenece a la organización criminal, ¿no es así? Por eso simulamos el atentado, para alejar las sospechas de ella. Usted no podría sospechar de una chica que ha estado tan cerca de la muerte en un ataque dirigido a usted. ¿Es así como cree que se han desarrollado las cosas?

—Todo lo contrario, Remick.

Esta vez se enderezó del todo, echándose hacia adelante y mirándome como si me creyera loco.

—Ahora es cuando me pierdo —refunfuñó.

—Precisamente prepararon el falso atentado para que mis sospechas recayeran en Lee Harley. Pensaron que un experto como yo se daría cuenta inmediatamente de «cómo» habían sido dirigidos los tiros, como en efecto, lo advertí. Todos los disparos fueron dirigidos al capó del motor de tal manera que en ningún momento representaron un peligro para la muchacha. Y la primera ráfaga fue disparada tan alta que las balas trazaron una línea en la pared, a nuestra espalda, casi a tres metros de altura. Estoy seguro que el que manejaba la ametralladora es un verdadero profesional, un experto, capitán.

—No deja de ser un hábil razonamiento —confesó el policía, pensativo—. Pero incluso suponiendo que el atentado fuera falso, ¿por qué no suponer que fue preparado por esa bailarina para desviar las sospechas de usted?

—Lee Harley nunca habría hecho nada semejante.

—¿Por qué no?

—Porque con la muerte de Randall ella perdió el gran amor de su vida. Iban a casarse cuando él diera fin a su misión.

—¡Caray, Stevens, nunca se me habría ocurrido una cosa así!

—No hay ninguna duda al respecto, tengo pruebas. Naturalmente, esos bastardos no podían saberlo y por eso se tomaron la molestia de rociar con plomo media calle.

Remick quedóse unos instantes sin saber qué decir, estupefacto por la noticia. Al fin hizo un gesto de resignación y refunfuñó:

—Parece que la única pista que nos queda es el senador. He de reconocer que usted estaba en lo cierto desde un principio.

—Yo no estoy tan seguro, capitán. Es más; dudo que volvamos a ver vivo a ese maldito político.

Remick dio un respingo.

—¿Por qué dice eso, Stevens?

—Pienso en el atentado y el coche utilizado para llevarlo a cabo. Y en la lucecita de la matrícula encendida, como queriendo que yo pudiera leerla bien. Eso prueba que al mandamás de ese negocio le interesaba que se supiera quién era el supuesto organizador de la función... y eso es tanto como decir que el senador estaba condenado a muerte. No creo que nos permitan agarrarlo vivo para que le obliguemos a cantar. Yo vi cómo telefoneaba, muy asustado, después de mi visita a su casa. Esa llamada debió condenarle a muerte. Un hombre aterrorizado es extremadamente peligroso en estos negocios.

—Tal vez tenga usted razón...

El aparato de intercomunicación zumbó con su sonido ronco. Remick movió una clavija y al instante una voz metálica dijo:

—Se ha encontrado el coche, señor. Está abandonado en las cercanías de la carretera de Fort Lauderdale.

—Está bien, preparen un equipo de huellas y vamos allá...

—Un momento, capitán —le atajó la voz—. Hay un cadáver en el auto. Según informa el patrullero que lo ha localizado, la tapicería está llena de huellas de sangre.

Remick desconectó el aparato y se levantó pesadamente.

—Usted dijo que disparó contra esos tipos del coche, ¿no es así?

—Vacié el cargador. Estoy seguro que algunas de mis balas penetraron en el «Cadillac».

—Sin duda alguna. Ahora tenemos la prueba, aunque me parece muy extraño que dejen un cadáver de los suyos detrás para que podamos identificarlo.

—A menos que deseen que sea identificado.

—¿Quiere decir que se trata de Douglas?

—Eso creo.

Acerté plenamente. Después de un vertiginoso viaje en el coche

policiaco, llegamos al lugar donde el lujoso «Cadillac» había sido abandonado solo para comprobar que un balazo en la nuca había cortado la ambiciosa vida del senador. Su cara no era nada agradable de contemplar debido a los destrozos causados por la salida de un proyectil de gran calibre.

Después del primer examen nos apartamos del coche, dejando el campo libre a los expertos de Dactiloscopia. Remick masculló:

—Podían haber elegido cualquier otro lugar de los Estados Unidos para armar ese lío...

Examiné la parte trasera de la carrocería. Descubrí cinco impactos, dos de ellos en el cristal. Eso me consoló un poco por cuanto me demostró que seguía conservando mis dotes de tirador.

—Apuesto que alguna de esas balas acertó a los ocupantes del auto. ¿Qué opina, capitán?

—Seguro que alguien salió lastimado —dijo, fumando un cigarrillo como si tuviera prisa por terminarlo—. Cuando en el laboratorio analicen la sangre de los asientos y la comparen con la del muerto sabremos si alguien más acabó descalabrado.

Deseé fervientemente que fuera así. Por lo menos, habría empezado a vengar a Randall.

CAPÍTULO VI

Encontré a Willie al pie de los ascensores, disgustado y de mal humor. El vestíbulo estaba muy concurrido y no me pareció el mejor lugar para hablar con calma. No obstante, el botones me espetó cuando estuve a su lado:

—Lo siento mucho, míster Stevens; no he podido hacer nada con la otra telefonista..., el jefe me ha tenido ocupado todo el día.

—¿Dónde está la chica ahora?

—Trabajando. Hubiera podido aprovechar cuando ha salido a comer, pero ha sido imposible.

—¿A qué hora termina su turno?

—Dentro de dos horas, pero a mí me faltan tres todavía.

—No importa. Dile a esa muchacha que cuando termine su trabajo quiero hablar con ella. Y cuando la releven me avisas. Estaré en mi habitación.

—Muy bien, señor.

Lo dejé entregado a todos los diablos y me encerré en la habitación. Me entretuve en limpiar cuidadosamente la «Luger», volví a montarla y la cargué concienzudamente. Tras esto redacté un somero informe para el general, sólo para que viera que estaba trabajando, y acto seguido lo puse en clave. Quemé el original y finalmente me tumbé en la cama.

Perdí la noción del tiempo poniendo un poco de orden en mi revuelta mente. De vez en cuando, me sorprendía pensando vivamente en Jane y cada vez me costaba un esfuerzo volver a recuperar el hilo de las otras ideas.

Finalmente, Willie me llamó por teléfono y me alegró esa interrupción. Por lo menos, me libró de seguir debatiéndome en un círculo vicioso del que no hallaba salida alguna.

—Stella está cambiándose de ropa, señor —me anunció—. Le estará esperando a usted junto al bar del jardín. Se la presentaré si le parece bien.

—Perfecto, Willie. Ahora mismo bajo.

El muchacho estaba esperándome al pie de las escaleras y me condujo hasta el lugar indicado. La telefonista no pasaría de los veinte años y era una linda chica. Su cuerpo juvenil desafiaba la sencillez de su vestido, pregonando la pujanza de sus pocos años.

—Stella, este caballero desea hablar contigo —dijo Willie con los ojos brillantes—. Ya te he hablado de él.

—¿Cómo está usted, míster Stevens?

Tenía una voz cantarína y alegre. Se desprendía una corriente de simpatía de todo su ser.

—Perfectamente, Stella...; gracias, Willie.

El botones se largó de evidente mala gana. Entonces, ella comentó:

—No podemos hablar aquí, míster Stevens. A la dirección del hotel no le gusta que las empleadas alternemos con los clientes.

—Había pensado invitarla a cenar. ¿Qué le parece?

—Bueno, usted es un cliente..., temo que se haya equivocado conmigo.

—No se trata de lo que supones. Sólo deseo hacerte unas preguntas y hablar de otro huésped que estuvo aquí hace unos días.

Titubeó, pero acabó por asentir, aunque dijo como si fuera una condición ineludible para aceptar la invitación.

—Deseo ponerme otro vestido para salir con usted, míster Stevens... Puede pasar a recogerme por mi casa.

—¿A las ocho?

—Está bien. Vivo en la avenida Collins, 217, apartamento B. Está en la planta baja.

Se alejó con un alegre contoneo de caderas. Imaginé que Willie estaría rabiando por ocupar mi puesto aquella noche, pero ya había perdido bastante tiempo con el maldito caso.

Anduve lentamente rumbo a la oficina del capitán Remick para echar un vistazo al informe de los químicos respecto a la sangre encontrada en el coche. Durante el trayecto traté de descubrir si era seguido, pero me resultó imposible localizar a nadie sospechoso. Debía tratarse de auténticos profesionales..., porque yo estaba

seguro que alguien me seguía los pasos. Era la única manera de tenerme controlado y de haber sabido tan oportunamente dónde estaba en el momento que me ametrallaron.

El capitán parecía a punto de quedarse dormido tras su mesa. Me miró con disgusto al entrar en su oficina.

—Desde que me ha liado usted en su condenado caso, Stevens, no he pegado un ojo —se lamentó amargamente.

—Consuélese pensando que cuando yo termine podrá descansar usted.

—Es un pobre consuelo. Aquí tiene los análisis, eso por lo menos le alegrará el humor.

—¿Por qué?

—Han encontrado sangre de dos grupos distintos. Además del senador, algún otro resultó agujereado dentro del coche.

—Ya lo imaginaba.

—También he recibido una comunicación del fiscal respecto a la muerte del senador.

—¿Y bien? —le apremié al ver que se había interrumpido.

—Nada de publicidad. Se dirá a la Prensa que murió a manos de unos asaltantes..., ya sabe; esos atracadores de carretera.

—Comprendo. Un poco más y lo convierten en un mártir por la Patria. En fin, eso no me importa en absoluto.

—¿Tiene algo pensado para esta noche o puedo invitarle a cenar?

—Gracias, Remick, pero he quedado citado con una chiquilla encantadora —le dije con burla.

—Es sorprendente. Sabe que tiene un regimiento de pistoleros dispuestos a volarle la cabeza y lo único que se le ocurre es organizar una cena galante. ¿Quién es ella? ¿La señorita Gardner tal vez?

—Una telefonista del hotel. Y no comience a dejar suelta su mente pervertida, capitán. Es una misión de servicio.

—Seguro —sonrió, irónico, y añadió—: Que tenga mucha suerte.

Le hice un ademán de despedida y me largué, dejándole sumido en sus torcidas ideas.

Eran las ocho menos cinco minutos cuando llegué al domicilio de la muchacha. Sólo hube de llamar una vez y Stella me franqueó la entrada. Se había puesto un vestido que podía considerarse

vaporoso bajo todos los aspectos. Con él encima parecía más niña que antes, a pesar de las rotundas curvas que desmentían esa impresión.

—No creía que fuese tan tarde, míster Stevens —exclamó, cerrando la puerta—. Siéntese un minuto mientras termino de arreglarme.

—No tengo ninguna prisa. ¿Puedo decirle que está usted muy linda con ese vestido?

—Ya lo ha dicho —rió—. Hay una botella de combinado en la cocina y hielo en la nevera. Prepárese usted mismo lo que desee.

Fui a la cocina mientras ella desaparecía en el dormitorio. Preparé dos martinis y regresé con ellos al pequeño *living*. Ella había dejado la puerta entornada y me preguntó:

—¿Ha encontrado las bebidas?

—Y le he preparado una para usted también.

—Enseguida estoy con usted.

Tardó algunos minutos, pero valía la pena haber esperado para verla. Se había peinado y retocado ligeramente los labios realzando un poco su color. No necesitaba más para estar hermosa.

Tomó su combinado y brindamos por nosotros. Tras el primer sorbo quiso saber:

—¿Qué desea de mí exactamente, míster Stevens?

—Mire, si hemos de cenar juntos será mejor que me llame por mi nombre: Robert.

—Lo haré así, aunque no quiero imaginar lo que sucedería si la dirección del hotel llegaba a enterarse de eso... Pero todavía no ha respondido a mi pregunta.

—Todo lo que quiero preguntarle está relacionado con un cliente que se alojó en el hotel. Se llamaba Randall.

—¿El que fue asesinado?

—Sí.

—No parece usted un policía, míster Ste... Robert —terminó con una sonrisa.

—No lo soy.

Me miró largamente. Aproveché la tregua para apurar mi copa, que dejé sobre la mesa. Ella bebió otro sorbo sin dejar de mirarme y murmuró:

—Fue espantoso..., era un hombre tan amable...

—¿Recuerda sus llamadas telefónicas de los últimos días?

—Sí.

El corazón me dio un vuelco en el pecho. ¿Sería posible que de una manera tan sencilla pudiera averiguar lo que tanto me preocupaba?

—Será mejor que me cuente a su manera lo que sepa. Puede empezar por las que efectuó él y seguir después con las que recibió. Y si usted pudo escuchar algo de alguna de ellas también deseo que me lo diga...

—No acostumbro a escuchar las conversaciones de los clientes... salvo raras ocasiones.

Asentí con un gesto, sonriendo.

—El no efectuaba muchas llamadas. Recuerdo que telefoneó a un senador llamado Douglas algunas veces... También solía comunicar con la señorita Gardner. Supongo que sabe usted de quién se trata.

—Perfectamente.

—Por descontado, hablaba frecuentemente con una bailarina llamada Lee Harley..., iba a casarse con ella. Mi compañera lo escuchó y...

—Ya sé esos pormenores. ¿Quién lo llamó a él?

—Varias personas. La señorita Gardner, la bailarina, míster Douglas... Un tal míster Walker también.

Agucé el oído. Era la primera vez que salía a relucir el nombre del propietario del club «Habana» tan directamente relacionado con mi compañero.

Me disponía a profundizar un poco más sobre ese último dato cuando ella exclamó:

—Usted deseará otro combinado... Voy a prepararlo en un minuto y nos marcharemos.

Desapareció en la cocina. Cuando regresó traía las copas llenas otra vez.

—Estábamos hablando de Walker. ¿Cuándo lo llamó?

—La misma noche que míster Randall murió.

—Eso puede ser muy importante, pequeña. ¿Recuerda la hora de esa llamada?

—No..., sólo sé que era muy tarde..., alrededor de las doce poco más o menos. Aquel día hube de cambiar el turno con una de mis

compañeras, de lo contrario casi nunca trabajo de noche. Hubo también otra llamada después...

El estridente timbre de la puerta la interrumpió. Ella arrugó el ceño y dejó la copa sobre la mesa.

—¿Esperaba usted a alguien? —pregunté, molesto por la interrupción.

—En absoluto. Tal vez sea mi compañera de apartamento. Lo compartimos desde hace tiempo. Perdóneme.

Me dejó solo. Apuré el segundo combinado impaciente para escuchar lo que ella tenía que contar todavía.

Vagamente, oí el ruido de la puerta y la voz de Stella que preguntaba algo con cierta sorpresa. Tras esto, sonó un tremendo estampido y pareció que las paredes se venían abajo.

Salté hacia la entrada con la automática en la mano. No necesité inclinarme para comprender que la linda chiquilla estaba muerta. La fea herida debajo del seno izquierdo debía haberle atravesado el corazón limpiamente.

Algo se resquebrajó dentro de mí. Un millón de diablos enfurecidos aullaron dentro de mi cráneo obligándome a brincar por encima del cuerpo caído y precipitarme a la salida del edificio, mientras en todo él se abrían puertas y resonaban voces.

Al llegar a la acera descubrí al hombre que corría, atravesando la calle como una flecha. Al otro lado de la calzada había un coche con la portezuela abierta y el motor en marcha.

Y entonces sucedió lo que no me había pasado jamás; perdí el control de mis acciones. Todas las furias del infierno hicieron presa en mí impulsándome a matar, convirtiéndome en un frío instrumento de muerte a impulsos de la monstruosidad que acababa de cometerse casi ante mis ojos.

Me detuve en seco. Apenas sin levantar el codo más arriba de la cadera disparé una vez y lancé un rugido al ver al hombre que corría pegar un salto y caer. Lo había cazado.

El auto que aguardaba aceleró cuando le mandé otro balazo. Un cristal se hizo añicos, pero el vehículo salió disparado y dobló la esquina cuando le disparaba de nuevo.

Volví mi atención al asesino que había derribado. Me desentendí de los gritos que resonaban por todas partes al verlo gatear hasta conseguir apoyarse en la carrocería de un coche estacionado junto a

la acera. Lentamente, como un autómatas, giré el cañón de la automática hasta tenerlo cubierto. El hombre se incorporó dificultosamente agarrándose a la portezuela del auto... y entonces tiré del disparador una y otra vez. A cada impacto, el corpachón del criminal se estremecía, como pegado a la carrocería en la que se apoyaba por las mismas balas que desgarraban sus entrañas sin piedad. Recuerdo que mientras estuve disparando no cesé de barbotar maldiciones dirigidas al bastardo que acababa de asesinar a la pobre Stella.

El último balazo casi le arrancó la cabeza del tronco. Estalló y salpicó el coche antes de desplomarse igual que un fardo.

Seguí dándole al gatillo un par de veces más antes de advertir que la pistola estaba vacía. Entonces bajé el brazo y anduve como un autómatas hacia donde estaba caído el pistolero.

Pero a mitad de camino me detuvo una voz seca que gritó:

—¡Deténgase o disparo!

Obedecí, carente de voluntad. Dos guardias se acercaban a mí despacio, apuntándome con sus revólveres de reglamento. Ambos estaban nerviosos y no parecían dispuestos a concederme cuartel.

—¡Suelte esa pistola!

En lugar de soltarla me la metí en el bolsillo. Poco a poco estaba recobrando la conciencia.

Me sujetaron brutalmente, mientras uno de ellos se apoderaba de mi «Luger».

—Ahora no haga tonterías si no quiere pasarlo mal, bastardo —gruñó uno de ellos.

—Escuche, guardia...

—Cállese. Ya hablará cuando te pregunten. Tú, Bevan, telefona que manden un auto-patrulla...

—En la casa... —empecé a decir.

—¡Cierre la boca o le salto los dientes! —aulló el tipo, incrustándome el cañón de su revólver en los riñones.

—No sea estúpido. Hay una muchacha muerta en aquella casa.

—¿La ha liquidado usted también?

—No..., ése es quien la ha matado. Será mejor que vea mis documentos, agente, antes de seguir adelante con eso.

El mismo me sacó la cartera del bolsillo y examinó mis credenciales a la luz de los faroles. Pareció muy sorprendido y me

miró especulativamente.

—Eso cambia las cosas —murmuró—. Venga conmigo, veamos lo de esa mujer.

A partir de aquel momento me vi envuelto en la vertiginosa rutina policial hasta que llegó el capitán Remick. Exigió abruptamente que le contase cómo había sucedido todo y lo hice con voz ronca, dominado por el furor y la pena por la muchacha muerta.

—Si no terminamos pronto con esto —gruñó, indignado—, van a convertir mi ciudad en un nuevo Chicago.

—Verá usted más escenas como ésta —le prometí—. Los mataré allí donde los encuentre solo por ese crimen. Esa pobre chiquilla...

—Está bien, Stevens, no se envenene la sangre. Ya está hecho y no puede volver las cosas atrás. Identificaremos al tipo que usted ha acribillado y eso tal vez nos proporcione una pista para llegar a la pandilla que buscamos. Y si no lo encuentro en nuestros ficheros mandaré sus huellas a Washington. Los federales quizá lo tengan en sus archivos.

—Hágalo, capitán, pero lo antes posible. Ahora sé que esos hijos de perra me siguen a todas partes donde voy. Supieron que estaba en casa de Lee Harlev cuando me ametrallaron, y lo mismo puedo decir de esta noche. Descubriré a mi perseguidor y lo cazaré vivo..., lo que para él será peor que si le volase la cabeza.

—¿Consiguió algo importante de esa chica por lo menos?

—No..., estaba a punto de revelarme lo que sabía cuándo el criminal ha llamado a la puerta. Sólo ha mencionado un nombre, el de Walker.

—¿Quién?

—El del propietario del club «Habana». Parece que llamó a Randall la misma noche que le mataron.

—Entonces será mejor apretarle las clavijas. No creo que necesite mi ayuda para eso, Stevens...

—Gracias; lo haré a mi manera.

Me devolvieron mi pistola y en un taxi me marché al hotel.

Pasé toda la noche desvelado, torturado por los lacerantes pensamientos cuyo centro era el cuerpo atravesado de Stella. Sólo cuando ya amanecía quedé amodorrado sobre la cama, pero incluso entonces siguieron asaltándome extrañas pesadillas...

CAPÍTULO VII

Unos golpes en la puerta me arrancaron de una imagen espeluznante. Salté de la cama y escondí la automática que había dejado sobre la mesilla.

El que entró fue Willie, pero un Willie pálido como un cadáver y con los ojos brillantes como si tuviera fiebre.

—¿Qué ocurre, Willie? —indagué.

—Usted... usted salió anoche con Stella...

Me di cuenta que el brillo de su mirada era debido a las lágrimas contenidas. El pobre muchacho estaba a punto de llorar.

—Sí, Willie. Íbamos a cenar juntos.

—Stella... ella ha muerto.

Tragué aire con dificultad. No pudo contenerse más y las lágrimas saltaron de sus ojos. Casi sin voz balbuceó:

—He visto la fotografía en los periódicos..., tenía sangre en... en el pecho y...

—¡Basta!

Me miró, aturdido, pero casi acusándome con la mirada.

—Usted... estaba con ella...

—¿Lo pone el periódico?

—No..., pero lo sé...

—Cálmate, muchacho. Hay muchas cosas que desearía explicarte, pero no es el momento todavía. Sólo quiero que me prometas no decir una palabra a nadie de lo que has estado haciendo por mí. ¿Lo comprendes?

—Sí, señor.

—Todo lo que puedo decirte es que asesinaron a Stella porque iba a decirme algo que me hubiera permitido descubrir al asesino de Michael Randall. Por eso quiero apartarte a ti de este asunto. Ya

han habido demasiadas víctimas.

—Haré cualquier cosa por usted, míster Stevens... lo que quiera para encontrar al que mató a Stella.

—Eso es cosa mía.

—Usted lo encontrará —murmuró sordamente—. Cazaré a ese bastardo...

—Sin duda, Willie.

—Stella... era tan bonita...

Súbitamente giró sobre los talones y abandonó la habitación a toda prisa, conteniendo los sollozos.

Una sensación amarga subió hasta mi garganta. Deseé más que nunca tener entre mis manos al causante de aquellas muertes. Casi me olvidé de mi verdadera misión, dominado por la furia.

Bajé al bar después de afeitarme y pedí un *whisky* doble. No acostumbraba beber por las mañanas, pero aquélla lo necesitaba y engullí el licor casi sin respirar.

Entonces la voz murmuró detrás de mí:

—¿No tienes nada que decirme, Bob?

La miré largamente. No pude saber qué se había hecho para estar más adorable que de costumbre, pero así era y tardé más de lo normal en contestar.

—Creo que ayer nos dijimos suficientes tonterías tú y yo, Jane.

Se encaramó a mi lado y el barman se apresuró a servirle. Después dijo con voz muy baja:

—¿Sigues creyendo que puedo estar mezclada en ese horrible asunto que estás intentando resolver?

—No.

Suspiró y su cuerpo se relajó, como si hasta entonces hubiera estado sometido a tensión.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

—Creo que desde que te conocí te descarté de entre los sospechosos. Lo único que me hizo dudar de ti es que tu nombre estaba en la lista que Randall confeccionó. Me alegré de poder borrarle de esa relación.

—¿Cuántos te quedan ahora en tu terrible lista, Bob?

—¿Qué?

—Me refiero a los sospechosos.

—Ya veo.

De repente me di cuenta de lo que esa pregunta significaba para mí. Sentí un tirón doloroso de mis nervios y ni siquiera atiné a responderle, aturdido por lo que acababa de ocurrírseme.

Hasta que ella insistió:

—¡Bob! ¿Qué te sucede?

Pegué un respingo y casi perdí el equilibrio.

—¡He sido un estúpido, pequeña! —exclamé.

—¡Bob!

—Sin tú darte cuenta me has hecho pensar en el verdadero camino. ¡Qué ciego he sido, Dios!

Aturdida, balbuceó:

—No te comprendo.

—¡No me queda ni un nombre en la lista, querida! —le espeté.

—Bueno, tal vez mi materia gris no está a la altura de tu cerebro de sabueso, pero sigo sin entender nada.

—Mejor así..., déjame pensar..., he de ver a Walker cuanto antes para salir de dudas...

—¿El propietario del club «Habana»?

—El mismo.

Guardó silencio y me dejó tranquilo durante un rato, mientras apuraba su bebida. Pero al final propuso:

—¿Por qué no vamos a nadar, Bob? Necesitas relajarte..., casi se te ven los nervios a flor de piel.

—No es posible, Jane..., Tú te pondrías esa cosa que llamas traje de baño y me impedirías pensar en mi problema. Además, no tengo tiempo ahora.

—¿Tienes miedo de mí, es eso, Bob?

—Llámalo como quieras.

—¿Quieres saber dónde estuve cuando desaparecí?

—Ya no importa...

—No obstante te lo diré.

—Como quieras, querida. Te escucho.

—¿Tú sabes? Cuando desperté por la mañana mi mente era un caos. Todo lo sucedido durante la noche me turbaba, pero al mismo tiempo me hacía feliz. Me sentí confusa al no lograr ver claro qué era lo que sentía realmente. Temí que me hubiera enamorado de ti...

—¿Lo temiste?

—En aquellos instantes, sí. Siempre he sido libre y tuve miedo de perder mi independencia. Por eso me marché; tomé el coche y me dirigí hacia el norte. Hay un parador sepultado entre los bosques, muy cerca de un poblado seminóla. Allí me detuve, tomé una cabaña y, en aquella soledad, estuve reflexionando sobre nosotros.

—Ya veo...

—Y llegué a una conclusión, Bob.

—Fuiste más afortunada que yo en este asunto.

No me hizo caso y añadió:

—Eso fue todo lo que hice. Cuando tengo algún problema que me atormenta, busco la soledad y reflexiono sobre él hasta que lo soluciono. Pero no me preguntes qué conclusión saqué en esta escapada.

—No te niego que me gustaría mucho saberlo, Jane.

Trató de sonreír y le costó un gran esfuerzo.

—Hay cosas que una mujer no puede decirle a un hombre.

Comprendí, y creí comprender a dónde quería ir a parar. Nada podía complacerme más en otras circunstancias, pero no en mi situación.

—Mira, Jane —dije con voz que no se parecía en nada a la mía—; tú eres una mujer acostumbrada a una vida fastuosa y carente de preocupaciones. Te mueves en un círculo determinado y estás habituada a él. Mi irrupción en ese círculo ha sido una especie de novedad para ti, algo que ha venido a romper tu rutina...

—No sabes lo que estás diciendo.

—Oh, sí lo sé, Jane...

—Tonterías, querido. Es cierto que eres distinto de los demás hombres que conozco, pero eso es todo.

—Soy distinto en muchos aspectos. Yo no poseo una colección de acciones petroleras, ni una cadena de almacenes, ni...

—¿Qué quieres decir con eso?

—Estás haciéndome las cosas muy difíciles, linda.

—Lo que hago es facilitarte las cosas a mi entender.

Casi me olvidé de respirar, abstraído en su contemplación. Cuando descendí de mi nube particular dije:

—Está bien si lo quieres así. ¿Crees que éste es un buen lugar para decirte que te quiero, o prefieres otro escenario?

—Cualquier lugar puede ser un paraíso alguna vez.

Tomé su cara entre mis manos y la besé en la boca. El mozo dejó escapar la copa que estaba secando y el cristal se hizo polvo en el suelo.

Ella se apartó lo suficiente para murmurar:

—Nos están mirando, loco...

—Peor para ellos.

La besé otra vez. Ella cerró los ojos y se abandonó. Alguien rió en alguna parte. Seguía riéndose cuando abandonamos el bar enlazados por la cintura.

En el ascensor dije entre dientes:

—Al diablo el general...

—¿Qué general?

La besé por toda respuesta. El ascensor acusó un brusco tirón cuando el chico encargado de manejarlo descuidó su obligación.

CAPÍTULO VIII

El gorila llamado Sutton gozaba del aire de la noche al lado del portero vestido de almirante. Ni uno ni otro se alegraron de verme...

—¿Cómo está el ambiente, Sutton?

Eché una mirada al aplanado «Jaguar» descapotado de Jane, un tanto asombrado de verme aparecer con semejante coche.

—La última vez vino usted en taxi —gruñó—. ¿Ha acertado un pleno?

—Puedes afirmarlo. ¿Dónde está tu jefe, Sutton?

—En el despacho.

—Vamos a verle. Quiero hablar con él.

Al igual que la vez anterior, me precedió hasta el tercer piso. La única diferencia estribaba en que en este viaje no llevaba el cañón de mi automática pegada a su espalda.

Melwin Walker esbozó una sonrisa al verme. Me ofreció un asiento, despidió al gorila y comentó:

—Estaba seguro de que volvería a aparecer usted por aquí. ¿Le apetece un trago, Stevens?

—Con mucho gusto.

Le contemplé mientras preparaba las bebidas. Escancié *whisky* suficiente en cada vaso para zambullirse en él y vino otra vez a la mesa.

Tomé el mío, lo probé y hube de reconocer que era un licor excelente.

—Tengo la impresión —dije— que cada vez que aparezco por aquí, a su perro guardián le da un dolor de muelas. Tal vez sea que me ha tomado ojeriza.

—Se limita a cumplir órdenes. Los tipos de su clase es para lo

único que sirven —reconoció con ironía—. Por otra parte, en este negocio es indispensable saber en todo instante con quién tenemos que tratar. Sutton huele los espías a una milla de distancia.

—Es usted un hombre prudente, Walker —reconocí—. Espero que siga siéndolo esta noche.

Achicó sus astutos ojos.

—¿Qué ocurre de particular esta noche? —quiso saber.

—Eso está por ver todavía. Voy a ser sincero con usted, Walker, incluso revelándole la naturaleza de mi misión si es preciso. Pero quiero que me responda con sinceridad a cuanto le pregunte. ¿Está claro?

—Como la luz del día. Adelante, creo que siento debilidad por usted, Stevens..., y eso es malo para mi negocio. Seré sincero con usted a menos que pueda perjudicarme.

—Si me miente, Walker, lo lamentaré por usted.

—Pregunte, sabueso —rió, burlón.

—¿Habló usted alguna vez con Randall?

—Sí.

—¿En sus últimos días?

—Es más exacto decir en su último día. Hubo una pequeña controversia entre él y yo, Stevens. La discusión giró alrededor del amor de Lee.

—¿Estaban los dos enamorados de ella?

Sonrió y sacudió la cabeza.

—Yo no me enamoro de una mujer, amigo mío. Mi único amor es mi negocio. No; todo se centraba en que Randall quería que rescindiera el contrato de Lee. Yo soy un hombre que no se entenece fácilmente y ella ha alcanzado un enorme éxito en mi local. Representa una buena inversión, de manera que exigí el cumplimiento del contrato hasta el final.

—Ya veo. Si Randall se le llevaba a Lee antes de finalizar su contrato usted perdía un buen puñado de dinero.

—Exactamente.

—¿Se da cuenta que eso constituye un buen motivo para un asesinato?

—Ya he pensado en eso. Sin embargo, Stevens, yo no maté a su compañero.

—Lo sé.

Sostuvo mi mirada unos instantes, hasta que finalmente aprobó con movimiento de cabeza y levantó su vaso.

—Desde que le vi —dijo—, supe que era usted un tipo listo.

—¿Cuándo vio a Randall vivo por última vez?

—La misma noche que lo mataron. Salió de aquí después de amenazarme. Estaba furioso y se marchó echando lumbre.

—¿A qué hora?

—Alrededor de las once creo.

—¿Seguro?

—Naturalmente.

—¿Qué sucedió aquella noche entre ustedes?

Lo pensó unos instantes, pero acabó por hablar claro.

—Randall me amenazó con arruinar mi negocio si no dejaba libre a la muchacha. Afirmó que emplearía su poder para inundarme el local de policías y... En fin, ya puede suponer el resto.

—Comprendo. ¿Qué le dijo usted?

—De momento lo mandé al diablo. Yo estaba furioso, pero luego recapacité y me di cuenta que, económicamente hablando, saldría ganando soltando a Lee. Siempre podría encontrar otra estrella, pero jamás volvería a tener otro negocio como éste. Así es que le llamé a su hotel para notificarle mi decisión.

—Sabía que lo había llamado usted. Creo que fue alrededor de las doce, ¿no es cierto?

—Supongo que sería esa hora. Permítame decirle que es usted desconcertante, amigo mío. Sabía usted que yo había llamado a Randall casi a la misma hora que él abandonó el hotel y ni siquiera me había importunado. Me descubro ante usted, Stevens.

—Déjese de ironías. No lo supe hasta anoche. Usted lo llamó, y casi enseguida debió telefonearle el asesino dándole una cita. La telefonista debía saber quién le había llamado, además de usted...

—¿La ha interrogado ya?

—¿No lee los periódicos, Walker?

—De vez en cuando..., pero sólo las reseñas de las carreras.

—Esa chica fue asesinada anoche, cuando estaba a punto de revelarme el nombre del que citó a Randall.

—Eso fue un error —refunfuñó—. Sólo consiguieron retrasar un poco el final.

—No mucho, Walker. He reflexionado mucho sobre este asunto

y casi puedo nombrar al bastardo que maneja los hilos de esa tramoya sin temor a equivocarme. ¿Sabe qué misión trajo a Randall a Miami?

—Tengo algunas ideas, pero prefiero que me lo cuente usted. Sé callar cuando me conviene.

—No tengo inconveniente en revelarles el secreto, no tardará en cerrarse este caso y entonces se hará público. ¿Ha oído hablar usted de un importante contrabando de armas, Walker? Armas nuevas, no chatarra.

—He captado algunos rumores.

—¿Por casualidad no sonaría algún nombre en esos rumores?

—Pues sí que hubo un par de nombres..., aunque no se haga ilusiones, no se trata de nadie importante.

—Es igual; dígamelos.

—Hay un individuo llamado Kleinhaus que es quien sostiene los tratos con los agentes extranjeros.

Por regla general suelen reunirse en alta mar a bordo de cualquier yate.

—Ya veo... ¿Algún otro?

—Un matón de a centavo cuyo nombre es Uccello. Solía venir por aquí muy a menudo hace algún tiempo gastando dinero en grande. Luego dejó de aparecer en mis mesas y no volví a verlo hasta hace un par de semanas, pero en otro plan. Debía estar «trabajando».

—Espionando a Randall. ¿Es eso lo que quiere decir?

—Sí; Uccello solo aparecía por aquí cuando Randall también estaba en el salón. Pero si piensa que fue él quien lo mató quíteselo de la cabeza. Uccello pertenece a otra escuela, si sabe lo que quiero decir. Todo eso de cuerdas de guitarra y el chapuzón no encaja en sus métodos. Es un ferviente devoto del cuchillo.

—Un tipo llamado Raimundo Soto murió de una cuchillada.

Asintió con un gesto. Yo dije, un tanto sorprendido por su colaboración:

—Me asombra su espíritu colaborador, Walker...

—No me gusta esa clase de gente, eso es todo. Y le diré por qué; son unos tipos que provocan demasiado alboroto, atrayendo la atención de las altas esferas. La policía se ve obligada a moverse, y si ellos fallan aparecen ustedes o los federales y todos andamos de

coronilla, nuestros negocios peligran y nos vemos privados de la tranquilidad necesaria para que podamos desarrollar nuestras actividades.

No pude menos que echarme a reír.

—¿Es que aquí no hay policía, Walker?

—La policía no es problema para nosotros, Stevens..., y creo que me arriesgo mucho al hablarle así. Pero sabemos cómo manejarla si usted me comprende.

—Perfectamente. ¿Qué idea tiene usted del jefe de ese negocio de contrabando de armas?

—Hombre, Stevens; me pone usted en un aprieto con semejante pregunta. Ignoro la mayoría de detalles del asunto... Yo imagino que se trata de un tipo con doble vida, muy listo y sin escrúpulos a la hora de matar. Debe estar situado lo bastante arriba para que no le inquiete la policía. Un hombre bien considerado socialmente y con contactos suficientes para saber siempre a qué atenerse.

—Está haciendo usted el retrato del senador Douglas —dije, fastidiado.

—No; ése murió en un asalto..., según los periódicos.

—Es usted un zorro, Walker, pero ha dado en el clavo. Matar al senador fue un error del asesino, ya que todas mis sospechas se centraban en él precisamente. Con su muerte me obligó a cambiar de rumbo.

—Tal vez el criminal se vio entre la espada y la pared. Conocía al senador, Stevens; era un tipo blando y se hubiera desmoronado sin mucha dificultad.

—Eso creo yo también.

Suspiró, satisfecho, y se dedicó calmamente a prenderle fuego a un enorme cigarro puro. Cuando se convenció de que ardía regularmente me miró y habló con calma:

—Stevens, usted sabe ya mi manera de proceder. Reconozco que algunas de las diversiones que ofrezco en mi local no son ni remotamente honestas, pero el negocio es el negocio y si no lo hago otro ocupará mi puesto y se embolsará el dinero. Dígame si puedo ayudarle a usted en algo y lo haré con mucho gusto.

—¿Desinteresadamente?

—No, en absoluto. Verá, imagino que si puedo ayudarle ello será suficiente razón para que, una vez terminado su trabajo aquí, usted

se olvide del club «Habana» y sus diversiones. Una especie de compensación podríamos decir.

—Antes he dicho que era usted un zorro, pero ahora veo que me he quedado corto. Acepto el trato, Wallter, porque acaba de ocurrírseme una idea. ¿Está dispuesto a seguir mis instrucciones, utilizando incluso a sus hombres si es preciso?

Lo pensó durante un minuto.

—De acuerdo. Será la primera vez en mi vida que colaboro con la ley, pero hasta en las mejores familias surge la oveja negra.

—Vamos a tender una trampa al hijo de perra que ha organizado todo este tinglado..., y creo que podremos hacerle confesar qué fabricante le proporciona las armas, dónde las almacenan y en qué lugar acumulan las drogas que reciben como pago antes de distribuirlas. Será un golpe completo con un poco de suerte. Voy a confiar en usted, Walker.

—Hágalo. Aborrezco a esos chacales. No hay necesidad de verter sangre para hacer buenos negocios.

—Un poco más y me dirá que es usted un pastor presbiteriano. Advierta a sus hombres que estén preparados, pero bajo ningún pretexto podrán poner la mano encima de ese tipo. Es mío, ¿entiende?

—Allá usted.

Descolgó el teléfono, ordenó que buscasen a Sutton y colgó. Yo añadí:

—Es posible que pueda hacerse todo sin escándalo, sobre todo si viene solo, no obstante, sería conveniente quitar a Lee de en medio. Puede pensar que la cosa ha sido facilitada por ella y ponerse bruto.

—Ya había pensado en eso.

Sutton entró con aire belicoso, no obstante, pareció decepcionado cuando vio que yo estaba cómodamente instalado y sin ningún boquete en mi anatomía.

Walker dijo:

—Reúne a todos los muchachos y que me esperen en el garaje. Advérteles que lleven las armas preparadas por si hay jaleo, pero sólo deberán emplearlas si alguien lo hace primero. ¿Está claro?

—No, patrón. ¿Qué es lo que vamos a hacer, darle el «paseo» a este fisgón?

Me señaló con el pulgar. Walker arrugó el entrecejo.

—Vamos a trabajar para él, Sutton —le espetó—. Todos deberán obedecer sus órdenes como si fuera yo mismo.

El gorila por poco no se cayó de espaldas. Salió del despacho como si acabasen de propinarle un mazazo en la nuca.

—Eso no se lo perdonará jamás —comenté cuando se hubo cerrado la puerta.

—Es un buen muchacho. Y ahora veamos cuál es su brillante idea.

Me levanté y antes de hablar di un vistazo al despacho. Había dos puertas, una a cada lado, además de la de entrada.

—¿Qué hay detrás de esas puertas? —indagué.

—Esa de la izquierda comunica con un cuarto de baño. La otra es un dormitorio. Hay noches que me quedo a dormir aquí.

—Perfecto, Me instalaré en el dormitorio cuando llegue el momento y así podré contemplar su representación dramática, Walker.

—Todavía no sé qué papel me ha asignado usted, compinche.

Me eché a reír y acto seguido le expuse mi proyecto.

Indudablemente no le gustó nada. Cuando acabé gruñó:

—¿Está seguro de lo que hace, Stevens?

—Completamente.

—Mire usted que si se equivoca ya puedo despedirme del club «Habana»...

—¡Oiga! Mis juegos son honrados. Pruébelo si quiere convencerse.

—No seré yo quien lo haga. ¿Todo comprendido?

—Sí...

Lo dijo sin mucho entusiasmo. Seguía refunfuñando cuando abandoné el despacho.

—No se inquiete, podrá seguir explotando incautos durante muchos años, Walker.

CAPÍTULO IX

Dejé a Jane en el hotel después de una corta discusión para convencerla de que no podía acompañarme. Necesité de toda mi voluntad para despegarme de sus labios, pero el pensamiento de que después de aquella noche nada nos impediría amarnos fue una ayuda para conseguirlo.

Utilicé una vez más su rápido coche, al que lancé por la carretera gozando con su manejo. Era lo mismo que montar un potro salvaje.

Tan pronto como llegué al club «Habana» advertí que las órdenes habían sido dadas. Dos hombres se destacaron de las sombras y se acercaron al coche andando con indolencia. No obstante, ambos eran de aspecto muy semejante a Sutton.

Éste apareció también y sólo dijo:

—El patrón está esperándole.

—Gracias, compañero. Tú y yo acabaremos compartiendo la misma celda.

No le hizo gracia el comentario porque me dio la espalda despectivamente.

Walker seguía sentado detrás de su mesa dando la impresión de no haberse movido de allí durante la hora de mi ausencia.

La única diferencia visible era la botella que tenía sobre la mesa.

—Sírvase —invitó—. Tiene tiempo de beber un trago.

—¿Ha telefoneado usted?

—Hace diez minutos. Me parece que ha pegado un salto hasta el techo cuando me ha oído.

—Más alto saltará cuando me oiga a mí. ¿Lo ha encontrado en su casa?

—Seguro; debía estar a punto de meterse en la cama como toda

persona «respetable».

—He visto el despliegue de fuerzas abajo. No conviene que vea demasiadas precauciones. Tal vez se haga acompañar por un par de sus pistoleros y entonces se armará un cisco.

—No creo que se atreva a intentar nada hasta después de haberme escuchado. En cuanto a mis muchachos, he tenido que asegurarles que usted les garantizaba la impunidad frente a ese tipo.

—Eso es algo que si llegase a oídos del viejo le produciría un síncope cardíaco. Sería capaz de fusilarme. ¡Proteger a una pandilla de matones!

—¿Quién es el viejo?

—Mi jefe, un general cascarrabias. Ya le daré un disgusto cuando le diga que voy a casarme..., sólo le faltaría enterarse de mi trato con usted.

Se echó a reír. Apuré el *whisky* y le pregunté:

—¿Ha comprendido bien su papel, Walker? Tiene que representarlo con tanta realidad que corre el riesgo de descubrirse.

—Escuche, Stevens —gruñó, fastidiado—; usted podrá darme lecciones de moral, pero no puede enseñarme a mentir como un bellaco cuando me conviene. Y le aseguro que ahora, además de convenirme, me divierte.

—Ojalá sea cierto.

Abrí la puerta que comunicaba con el dormitorio y eché un vistazo al interior. Era una habitación espaciosa con el suelo totalmente cubierto por una alfombra verde como un campo de césped. Los muebles eran lujosos y modernos.

Alguien llamó a la puerta. Walker dio un grito y entró un tipo de mirada huidiza.

—Ha llegado, patrón —anunció—. Sutton le entretiene abajo.

—¿Ha venido solo?

—Completamente. Y ningún otro coche ha llegado detrás de él.

—Perfecto. Todos a sus puestos para prevenir cualquier sorpresa. Y que Sutton lo haga subir.

El hombre salió silenciosamente. Walker y yo nos miramos unos segundos, hasta que, espontáneamente, el tahúr alargó su mano y estrechó la mía alegremente.

—Suerte, Stevens —dijo.

—Suerte, Walker.

Entré al dormitorio, entorné la puerta dejando una rendija de una pulgada y aguardé con los nervios tensos.

Sonaron unos golpes en la puerta del despacho y alguien entró. Walker dijo con voz seca:

—Siéntese. Como si estuviera en su propia casa.

El capitán Remick entró en mi radio de visión y fue a sentarse en la butaca que había ocupado yo. Desde allí se enfrentó con Walker con ojos como brasas incandescentes.

—¿Qué demonios significa eso, Walker, se ha cansado de este local?

—En modo alguno, capitán —levantó la cabeza y habló a su guardaespaldas, al cual yo no podía ver desde mi observatorio—: Cierra la puerta, Sutton, y quédate aquí. A pesar de tu cara, me gusta verte cerca algunas veces.

El capitán rechinó los dientes ante el evidente sarcasmo. Luego exigió:

—¡Quiero una explicación, Walker!

—¿No le apetece un trago, capitán? Es un *whisky* excelente que...

El policía se levantó de un brinco y se inclinó sobre la mesa, amenazador.

—¿Quiere hablar de una maldita vez?

—Siéntese.

Durante unos segundos, Remick resistió la dura mirada del tahúr. Finalmente, se sentó muy despacio y gruñó algo que no entendí.

—Tal como le he dicho por teléfono, capitán —comenzó Walker con voz calmosa—, estoy enterado de un montón de cosas sobre un negocio que hasta ahora no había querido tocar. Quemaba, ¿comprende?

Pero el panorama se ha despejado y ha llegado el momento de aprovechar el negocio.

—¿De qué negocio está hablando?

—Lo sabe usted perfectamente. ¿Por qué andar con subterfugios entre nosotros? Después de todo vamos a ser socios.

—Al grano, maldito sea usted.

Walker se removió en su asiento. Estaba disfrutando en grande.

Y de repente le espetó a Remick en su propia cara:

—Es usted un cerdo, capitán; un hijo de perra al que no le consiento que me atosigue a menos que quiera tragarse todos los dientes. ¿Lo ha entendido?

Remick saltó fuera de la butaca. Pero Sutton se había acercado y volvió a sentarlo brutalmente sin pronunciar una palabra.

—Me pagará esto, Walker... ¡Le juro que lo pagará caro!

Su voz temblaba. La de Walker era tan fría como el hielo.

—No sea estúpido, Remick. Soy el amo de la situación y cuanto antes lo comprenda mejor para usted. Para empezar, ¿cuánto lleva ganado con el negocio de las armas?

Remick fue incapaz de pronunciar una palabra.

El tahúr añadió:

—Vamos, capitán, estamos entre amigos, ¿cuánto lleva ganado?

—¡Usted debe haberse vuelto loco! —articuló con dificultad el policía.

—Mire, Remick, no acabe mi paciencia o Sutton le aplastará como a una cucaracha. A él le gusta ensuciarse las manos con basura. Sé que usted dirige el negocio, aunque presumo que fue el senador Douglas quien lo organizó en los comienzos. Necesitaba grandes cantidades para sus campañas políticas. ¿No fue así?

—¿De dónde ha sacado esa descabellada idea, Walker? No creo que sepa usted de lo que está hablando...

—¡Claro que lo sé, querido socio! Lo que no comprendo es por qué demonios lo hizo matar. Eso fue una idiotez, capitán.

—¡Maldito! Sea lo que sea que pretende se arrepentirá de eso.

—No se esfuerce. Personalmente, le desprecio, Remick. Usted es un cobarde de la peor especie y hace mucho tiempo que aguardaba la oportunidad de espetárselo en su propia cara. Ahora que lo he hecho me siento mejor. Pero usted también es la llave del cuerno de la abundancia, de manera que voy a tomar parte en el reparto de beneficios. También hace tiempo que le tenía echado el ojo a ese negocio.

Gruesas gotas de sudor comenzaron a correr por el rostro del policía, aunque él no pareció advertirlo siquiera.

—Usted, Remick, dirigió el negocio desde el instante que el senador lo puso en sus manos. Estoy seguro de eso. Como también estoy seguro de que mató a Randall porque llegó a las mismas conclusiones a que he llegado yo. Apuesto que le llamó usted poco

después de hacerlo yo aquella noche. Y creo que ordenó matar a...

—¡Cállese! —aulló el capitán, fuera de sí.

—No tiene que temer nada de mí si llegamos a un acuerdo en el reparto, capitán... Pongamos el cincuenta por ciento para cada uno y usted corre con los gastos, ¿eh? Es un buen trato.

Remick se estremeció de arriba abajo, al borde de un ataque. Pero se contuvo y murmuró:

—Creo que no me queda opción, Walker.

—Ninguna, excepto asociarse conmigo.

—Ya veo...

De repente, el policía llevóse la mano a la axila. Consiguió empuñar su revólver, pero un mazazo propinado con el enorme puño de Sutton lo derribó de bruces sobre la mesa. El revólver se deslizó de sus dedos y cayó sobre la alfombra. El gorila se apresuró a quedarse con él y tras esto levantó al capitán y lo dejó caer sobre la butaca.

Walker gruñó:

—¿Cree que trata con aficionados, Remick?

—Usted gana, Walker —murmuró al fin el aludido—. El cincuenta por ciento, pero correremos con los gastos los dos.

—Está bien, no vamos a discutir por una minucia semejante. Y ahora quiero saber todos los pormenores del negocio. Necesito estar al corriente de todo para cubrirme en caso de que usted quiera pasarse de listo. Para empezar, quiero saber quiénes eran Raimundo Soto y Nicholson. Cuando compartamos los secretos del negocio habrá más confianza entre nosotros. Empiece hablar y no me haga perder más tiempo.

—Jamás creí que...

—Al grano, Remick.

—Está bien; Raimundo Soto era un agente nuestro en Cuba, pero se empeñó en trabajar aquí. Era un maldito borracho y Randall consiguió descubrir su pista. Habría hablado en cualquier momento.

—Comprendo. Fue una medida acertada cerrarle la boca —asintió Walker, metido en su papel—. ¿Y Nicholson?

—Transportaba los cargamentos de armas ligeras y municiones. Su yate es de gran tonelaje y todo el mundo sabía que acostumbraba hacer largos cruceros, de manera que no extrañaban sus ausencias.

—Ya comprendo. Los cruceros eran viajes de negocios...

—No todos. Algunos debía hacerlos por pura diversión, cargado de mujeres. Así se cimentó su fama de juerguista y nadie le hacía mucho caso.

—Ya veo... ¿También le descubrió Randall?

—No, pero estaba a punto de cazarlo. Nicholson fue lo bastante imbécil para llevarse a dos de sus fulanas en uno de los viajes con cargamento. Era detrás de ellas dos que iba Randall.

—Y las liquidaron, al igual que a Nicholson. Usted es un magnífico cliente para las funerarias, Remick.

—¿Cree que a mí me divirtió todo eso? Es un negocio fabuloso y no podía consentir que lo echaran a rodar un par de estúpidos.

—Randall no era ningún estúpido, según *tengo* entendido. ¿Cómo lo atrajo usted, capitán?

—¿Por qué quiere saber todo esto? Ya me he cansado de hablar.

—Usted no cesará de hablar hasta que yo se lo permita. Ya le he dicho que quiero saber todos los detalles de sus crímenes y sus negocios para protegerme yo mismo. Adelante, capitán, no se detenga ahora.

—Está bien, sé que me tiene en sus manos, Walker..., pero no tire demasiado de la cuerda.

—Estábamos hablando de Randall.

—Le llamé por teléfono al hotel dándole una cita.

Tuve que intentarlo un par de veces porque su teléfono comunicaba, pero finalmente respondió y se tragó el anzuelo con sedal y todo cuando supo quien le hablaba.

—El debió estar hablando conmigo cuando usted llamó, poco después de las doce de la noche.

—Las doce y cuarto.

—Ajá. Siga.

—Se mostró de acuerdo y vino a reunirse conmigo en el puerto, atraído por una supuesta pista que le ofrecí.

—Ahora comprendo...

—En realidad, resultó fácil una vez le hube dejado sin sentido con un golpe.

—Ahora comprendo el peligro que representaba la telefonista para usted, compañero.

—Sí..., fue una lástima, pero ella podía recordar que después de

usted, quien le había citado para las doce y media era yo.

—Perfecto, Remick. Ya tengo bastante de eso. Pasemos a la parte práctica. ¿Dónde se almacenan las drogas?

—Si le digo eso sabrá tanto como yo —protestó el maldito bastardo.

—No olvide que somos socios, capitán...

—Sí..., eso es lo que lamento. Bien, tengo un almacén a nombre de Artie Chambers, en la calle Haven.

—¿Y las armas?

—En el mismo lugar. Es una gran nave muy discreta y en un barrio industrial en el que nadie se preocupa de los demás.

—Perfecto. Sólo me queda una cosa por saber y cerraremos el trato con una copa. ¿Quién les suministra las armas, Remick? Eso me tiene intrigado.

—Es un pequeño fabricante de Georgia, establecido muy cerca de la frontera estatal, en Sud-Valdosta.

—¿Su nombre?

—Simeón Dacks.

—Okey, Remick, usted y yo vamos a hacer grandes negocios de ahora en adelante. Sólo queda un pequeño detalle. Eliminar a ese fisgón que vino en sustitución de Randall: Stevens.

—No será difícil. Puedo hacer lo mismo que con el otro. No sospechará nada y caerá en la trampa.

—Creo que es preferible asegurar las cosas. Opino que deberíamos pegarle un tiro y lastrarlo después para arrojarlo a la bahía.

—Tampoco es mala idea...

—Celebro que esté de acuerdo, porque puede usted pegarle el tiro ahora mismo si quiere.

Remick respingó en la butaca.

—¿Ahora? —balbuceó.

Abrí la puerta y entré en el despacho. Vi la cara de estupor de Sutton por todo lo que había escuchado. Ni siquiera me vio. Yo dije:

—Ahora mismo, Remick, si es que tiene agallas para hacerlo cara a cara.

Se tambaleó y al retroceder tuvo que apoyarse en la mesa. Detrás de él, Walker empezó a reír suavemente. Sin dejar de reír comentó:

—Una maldita vez que me siento amante de la Ley y pierdo un negocio de millones. Me servirá de escarmiento...

Remick luchaba por recobrar el habla, pero el mismo terror le mantenía inmovilizado. Avancé hacia él despacio, dominando a duras penas mis ansias de despedazarlo entre mis manos.

De repente, Remick recobró sus facultades. La misma desesperación al verse perdido, con todo su imperio de crimen arruinado, debió impulsarlo y saltó sobre mí como una bestia salvaje, sabiéndose perdido pero queriendo todavía causar todo el daño que le fuera posible.

Su primer golpe me alcanzó de refilón y me hizo trastabillar. Vi a Sutton avanzar con el revólver levantado como una maza y grité:

—¡No le toques, Sutton, es mío!

Puse en práctica los más sucios trucos de lucha que me habían enseñado en la academia especial. Cada golpe que le propinaba le destrozaba una parte de su maldito cuerpo, porque iban dirigidos a los lugares precisos para causar el mayor daño posible.

Consiguió aferrarme la muñeca una vez y trató de rompérmela, pero giré sobre un pie, di un ligero tirón, y Remick salió volando yendo a estrellarse contra la mesa. Todo lo que había sobre ella voló por los aires con tremendo estrépito. Walker tuvo el tiempo justo de echarse a un lado para no verse arrollado por el corpachón lanzado como un tronco.

Aturdido, Remick se revolvió en el suelo y se levantó con dificultad. No obstante, no le di respiro y caí de nuevo sobre él. A cada mazazo que le propinaba pensaba en Randall, en la pequeña Stella..., en las dos muchachas asesinadas por el solo hecho de haber realizado un crucero en yate que ellas consideraron de placer...

Conseguí acorralarlo en un rincón y seguí machacándole salvajemente, ciego de furor.

Detrás de mí, Walker gruñó:

—¿No cree que ya tiene suficiente? Va a ponerme perdida la alfombra. Está sangrando como un cerdo...

Detuve el despiadado castigo y me aparte de Remick. Lo vi deslizarse a lo largo de la pared y quedar tendido en el suelo igual que muerto.

Walker dijo:

—Hace rato que ha perdido el conocimiento. Sólo los puños de usted le mantenían derecho. Jamás había presenciado nada igual.

Sutton gimió:

—Si está muerto vamos a vemos metidos en un lío, patrón.

—No te preocupes. Le organizaremos unos buenos funerales. Ve abajo y avisa a los demás que la alarma ha terminado. Pueden volver a sus ocupaciones.

—¿Tiene una botella en buen estado, Walker? —pedí, jadeante y con dolores en todo el cuerpo. Me di cuenta entonces que también Remick me había alcanzado con sus golpes.

—Seguro, compañero. Se lo ha ganado.

Bebí directamente de la botella y no la aparté de mis labios hasta que mi estómago ardió como el infierno. Entonces agarré el teléfono, pedí comunicación a larga distancia, remachando que se trataba de una llamada oficial de Washington.

En pocos minutos tuve al general al otro lado de la línea. Sus gruñidos hicieron vibrar el receptor, pero se los corté haciéndole un resumen del caso. Acabe prometiéndole que le remitiría un informe detallado, con lo cual pareció apaciguarse un poco.

Entonces le espeté:

—Cuando esto empezó, general, yo disfrutaba de un mes de permiso. ¿Lo recuerda?

—Naturalmente. ¿Qué idea se le ha ocurrido ahora?

—Necesito ese mes más otro por añadidura.

—¡Qué!

Su aullido se oyó en todo el despacho como emitido por un altavoz. Después quiso saber:

—¿Qué demonios quiere hacer con dos meses de licencia, Stevens?

—Casarme.

Esta vez su misma furia le impidió articular palabra, cosa que aproveché para colgar el auricular.

Walker quiso saber:

—¿Era verdad eso de la boda, Stevens?

—Sí.

—¿Con Jane Gardner?

—Sí.

Se echó a reír.

—Me gustaría saber quién es aquí el zorro, compañero...

Le hice coro. Sirvió para aplacar un poco mis nervios.

Entonces señalé al derrumbado Remick.

—Voy a dejarle aquí esa carroña hasta que vengan a buscarlo. Yo daré las órdenes necesarias para ello. Cuídelo bien.

—No tendrá queja de mí..., lo cuidaré «amorosamente». Con la de sobornos que me ha arrancado el muy bastardo...

Lo dejé allí recreándose con la visión del ex capitán de policía.

Encontré a Jane aguardándome en el vestíbulo del hotel. Trató de expresar su alarma al ver el estado de mi cara, en la que los golpes habían dejado oscuras huellas, pero no le di tiempo y la arrastré hacia el ascensor.

—He terminado —dije mientras subíamos—. ¿Sabes lo que eso significa?

—Supongo que sí.

—Ahora sólo importamos tú y yo. ¿De acuerdo?

—Los dos... solos.

La besé. El ascensorista pegó la nariz contra la puerta del aparato y nos dejó tranquilos.

Salimos del ascensor y seguimos besándonos en el pasillo. Después de eso dije:

—Acabo de solicitar permiso para casarme. Creo que al general le ha dado un ataque... Sería una lástima porque confío en su regalo de boda.

Recorrimos el pasillo abrazados por la cintura. En la habitación comencé a revolver el fondo del armario y Jane preguntó, intrigada.

—¿Qué estás buscando ahora, amor?

—Esto.

Le mostré el pequeño cartel que rezaba en letras rojas:

«NO MOLESTEN».

Lo colgué en la parte exterior de la puerta y la cerré.

El caso había terminado.

FIN



¡EL MUERTO... VIVE!

por

CLARK CARRADOS

Avanzó unos pasos. Una tabla crujió lamentosamente bajo sus pies y le hizo dar un salto. El muchacho se rió de sus temores, pero no era sincero..., a decir verdad, tenía bastante miedo.

Divisó a la derecha una puerta entreabierta, que sabía daba al laboratorio donde ordinariamente trabajaban Foulham y Weldon. Jamie se acercó a la puerta y la terminó de abrir.

El muchacho creyó que se quedaba muerto en el sitio. Sus ojos amenazaron con salirse de las órbitas al ver los dos cuerpos tendidos en el suelo. Uno de ellos era fácilmente reconocible por las ropas: era el de la linda señora Weldon. El otro...

No se sabía de quién era. Y a no ser por su indumentaria tampoco se hubiera sabido que aquel cadáver pertenecía a Jane Weldon. Ambos eran totalmente irreconocibles; en realidad, eran una masa de algo que se suponía había sido carne, desde la cintura para arriba.

*Una novela que le parecerá increíble y que le
hará estremecer...*

¡EL MUERTO... VIVE!

*¡uno de los mayores éxitos de CLARK
CARRADOS!*

¡Lea esta gran novela dentro de siete fechas!

LAS RELIGIONES

Desde las más primitivas y bárbaras idolatrías, hasta la Revelación cristiana, el hombre ha recorrido insólitos caminos en su ansia de vivir eternamente. Curiosa, dramática, terrorífica, enigmática o sublime, la historia de las religio-

nes explica, a través de la evolución de culturas y sociedades, muchos aspectos desconcertantes del mundo de hoy.



COLECCION



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain



VETERANO
tiene
ESO...



OSBORNE

un **VETERANO** SABOR!...

OSBORNE *Fundada en 1772*